


Selección TERROR

# EL PAVOROSO AMANTE DE VIVIE

Ralph Barby

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS




Selección TERROR

# EL PAVOROSO AMANTE DE VIVIE







SELECCION
TERROR

**ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS**
**EN ESTA COLECCION**

451. — *Asesinatos en el Soho.* Donaki Curtís.
452. — *Hotel Infierno.* Adam Surray.
453. — *Maquiavélica*. Frank Caudett.
454. — *La bahía del horror.* Joseph Berna.
455. — *Se vende un asesino.* Clark Carrados.

RALPH BARBY

# EL PAVOROSO AMANTE DE VIVIE

Colección **SELECCION TERROR** n.° 456 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 28.283-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1981



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, asi como las situaciones de Ia misma, son froto exclusivamente

de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

# CAPITULO PRIMERO

Rrrrrruuuuuuu...
El ruido del despertador eléctrico sonó largo, monótono, pero no estridente. Pese a ello, resultó muy molesto para el matrimonio Formel.
La alcoba era espaciosa y la calefacción central daba confortabilidad a la estancia equipada con dos camas no demasiado pequeñas. Pese a ser matrimonio, dormían separados aunque en la misma habitación.
De forma monótona, Gerard comenzó a levantarse. Encendió una lamparita pequeña y pese a despedir una luz tenue, en la otra cama Vivie se dio la vuelta para que no le diera en el rostro. También se subió el embozo de la sábana y no porque tuviera frío.
— ¿Estás despierta? —preguntó el hombre en tono bajo.
Vivie abrió un ojo pero no movió la cabeza, no dijo nada. Gerard se encogió de hombros y se encaminó al cuarto de baño.
Al oír el ruido de la cisterna del retrete, Vivie abrió de nuevo un ojo, alargó la mano y miró su reloj.
—Las seis, qué temprano. ¿Por qué tendrá que ir a trabajar tan lejos?
Volvió a taparse y en la alcoba reapareció Gerard caminando pesadamente. Era como si se hubiera calzado unas zapatillas de plomo.
Gerard Forrad se movió de un lado a otro de la alcoba con torpeza. Parecía querer evitar el hacer ruido, pero no cesaba de producirlos y cada uno de ellos provocaba una contracción en la supuesta durmiente.
— ¿Duermes, Vivie?
—Hummm —se arrebujó más bajo las sábanas, sin querer responder.
Gerard Formel volvió a encogerse de hombros y se dirigió nuevamente al cuarto de baño donde puso en marcha una ruidosa máquina de afeitar que hizo que Vivie se revolviera dentro del lecho y se tapase hasta la cabeza mientras bufaba.
Al fin, terminó la tortura de la máquina de afeitar.
Gerard salió de la alcoba. Estuvo revolviendo por la cocina y acabó preguntando:
—Vivie, ¿no hay leche?
— ¡Vete al cuerno... digo, a la cafetería! ¿Es que no tienes cafetería en la empresa? —gruñó entre las sábanas, sin asomar la cabeza.
—Sí, sí hay, pero es que salir a la calle así, de vacío, con el frío que hace afuera y ponerse a conducir...
Aguardó a que ella dijera algo, pero la mujer no respondió. Gerard Formel volvió a encogerse de hombros, se vistió, recogió su portafolio, se puso el abrigo y dijo:
—Hasta la noche.
—Adiós —dijo ella, a regañadientes.
— ¿Te apago la luz?
— ¡Síííí!

—Duerme, ya que puedes hacerlo. Ah, y no te olvides de pedir que revisen el teléfono, es un trasto y lo pagamos cada día más caro.
Vivie suspiró, arrebujada entre las sábanas, al fin se quedaba sola. Gerard ya no ocupaba un espacio en el apartamento, ya no respiraba el mismo aire que ella, ya no calentaba el ambiente en torno suyo.
— ¿Por qué habrá engordado tanto después de casarse? —se preguntó—. No pienses, Vivie, que te despejarás... Serán los bocadillos, sí, eso tiene la culpa. Le diré que no coma tantos... ¿Y a mí qué me importa? Que coma lo que quiera. Duérmete, Vivie, duérmete, duérmete...
Faltaban unos meses para que Vivie pudiera contar un-lustro de matrimonio. Cinco años, cinco años que se le habían hecho largos, muy largos.
Los dos primeros habían pasado aprisa, pero después... Cinco años, un lustro, se había repetido. ¿Será mejor parir? No, no quiero parir, que tenga el hijo él, qué puñetas... Se pone una gorda, se hinchan los pies, se deforma la boca y las amigas y la familia te dicen compasivamente: «Vivie, Vivie, qué bien lo llevas, te favorece la maternidad.»
—Que se vaya todo a hacer puñetas, que se engorden ellos, o ellas. Vivie, duérmete, duérmete... Mañana mismo le digo que utilice maquinilla, con una hoja de esas de usar y tirar; jabón, agua y hoja de usar y tirar, así no hará más ruido. Vivie, duérmete, duérmete...
El ruido de la puerta de la calle al abrirse la sobresaltó y se preguntó a sí misma:
— ¿Qué tripa se le habrá roto ahora?
Escuchó pasos que se le antojaron pesados y el gruñido de la puerta del dormitorio que se abría.
— ¿Qué diablos te pasa? —preguntó sin sacar la nariz de entre las sábanas, como dispuesta a seguir ocultándose.
No obtuvo respuesta. Al mismo tiempo, llegaba hasta su olfato un olor acre muy fuerte, excesivamente fuerte pese a estar oculta su nariz.
Oyó una respiración lenta, pesada; no era una respiración normal, humana.
—Gerard, ¿eres tú?
Sacó la cabeza al hacer la pregunta, pero no había luz. El propio Gerard había apagado la lamparita nocturna. Tampoco podía entrar luz por la ventana, ya que no sólo al ser invierno el día tardaba mucho más en clarear si no que la persiana estaba cerrada.
—Gerard, ¿qué pasa? Di algo... ¿Eres tú?
Los pasos habían cesado pero la respiración podía oírla cerca, demasiado cerca. Una mano extraña cogió la ropa de la cama y antes de que ella pudiera evitarlo, le arrancó toda protección.
Se sintió a merced de aquel ser que había entrado en su alcoba y la mano grande, terriblemente fría, se posó sobre su pecho. El camisón quedó desgarrado y entonces sintió su desnudez completa, su vulnerabilidad frente a la criatura que parecía ver en las tinieblas.
—No me haga nada, no me haga nada, se lo suplico, no me haga nada...

Deseó gritar pero no lo hizo. Estaba siendo violada de una forma casi brutal, feroz. Se sintió sacudida y tuvo la impresión de que iba a romperse en pedazos.
Al fin, escuchó un grito bestial e infrahumano cerca de su rostro. Aquel ser desconocido que parecía pesar toneladas se dejó caer sobre ella aplastándola, ahogándola. Le faltaba aire, mucho aire.
Aquella cosa era nauseabunda, fría y viscosa a la vez, le repugnaba y estaba sobre ella como ahogándola.
— ¡Socorro, socorro! —suplicaba apenas sin voz, empapada en frío sudor, con la sensación de que había disfrutado con aquella violación.
Aquel ser desconocido al que no había podido ver, un ser que había irrumpido en su alcoba para violarla brutalmente y que hedía todo él de forma repugnante, se apartó de ella.
Con una respiración jadeante, se alejó hasta que Vivie oyó la puerta de la casa que se cerraba.
Entonces fue consciente del horror que había vivido, se encogió sobre sí misma y sollozó violentamente. ¿Quién había sido?
—No, no quiero saberlo, no quiero saberlo —se dijo a sí misma, sollozando.
Aquel suceso no iba a ser único.
Vivie conocería el horror, mezclado con un extraño placer. Por otra parte, tenía la impresión de que en una de aquellas visitas iba a ser asesinada.
Quiso saber qué criatura era y preparó un interruptor a su alcance. Cuando aquel ser iba a violarla una vez más, encendió la luz.
El pavor la paralizó y el estupor se apoderó de su mente. Jamás antes había visto nada parecido; hubiera deseado morir antes que llegar a ver al ser que la había estado violando una mañana tras otra.

# CAPITULO II

Se abrió la puerta tapizada en cuero y apareció la figura estereotipada del doctor psiquiatra, un hombre delgado, con barba cuidada y gafas de concha gruesa.
— ¿Monsieur Formel?
Gerard Formel aplastó el cigarrillo en el cenicero que aparecía repleto de colillas; ni él mismo sabía los que había estado fumando.
A una indicación del doctor, Gerard le siguió hacia el interior de la consulta que era un despacho muy amplio con una especie de ábside donde estaba la litera con una butaca junto a ella.
En un ángulo había un biombo, sin duda alguna chino y parecía auténtico.
Gerard miró en derredor como buscando el lugar donde debía sentarse y al mismo tiempo buscaba la figura de Vivie. Descubrió otra puerta.
—No está aquí. Siéntese, por favor —le pidió el psiquiatra, mostrándole la butaca que había frente a la mesa escritorio.
— ¿Dónde está mi esposa?
—Con la enfermera, tomando un baño relajante.
— ¿Un baño ahora?
—Sí, un baño relax. Tenga en cuenta que ha pasado por mucha tensión.
—No sabía que los psiquiatras aplicaran baños relax a sus pacientes.
—Cada psiquiatra tiene sus métodos; el mío es desear que los pacientes, en este caso la paciente, salga de mi consultorio relajada y muy tranquilizada.
—Usted sabe mejor que nadie lo que hay que hacer. Ahora dígame, ¿cómo está?
—Tiene problemas que deben tratarse.
— ¿Va a tener que venir a su consulta semanalmente?
—No, no es así. Su situación es más grave que todo eso.
— ¿Más grave? —exclamó, con un ligero tono de susto.
—Sí. Otro psiquiatra le recomendaría que la internase en una casa de salud.
— ¿Un manicomio?
—Evitamos el empleo de esa palabra, pero viene a ser lo mismo.
— ¿Está loca?
—No, no está loca, tiene problemas mentales, eso es todo. Yo le recomendaría un internamiento en régimen abierto.
— ¿Puede explicarse mejor? —preguntó, sin que el miedo abandonara su voz.
—Le recomendaría la clínica Psisanté; en esta clínica, sólo los casos muy graves quedan internados durante las horas nocturnas. Lo normal, y es lo que recomiendo para su esposa, es que vaya a las horas diurnas como si fuera un horario laboral. Confío en que un tratamiento de cinco a diez semanas será suficiente para su total recuperación.
— ¿Y qué le harán en esa clínica, electroshocks?
—No, no, por supuesto que no, tratamientos más suaves y más lógicos.

Psicoterapia de grupo, relax en baños y trabajos manuales según aptitudes de la paciente. Podrá escoger entre modelado, pintura, bricolaje de la pequeña mecánica, electrónica, etcétera. Un psicoanalista descubrirá sus aptitudes y la encaminará al respecto.
— ¿De veras cree que conseguirá algo?
—Sí, pero en algunas ocasiones tendrá que colaborar usted también.
-¿Yo?
—Sí, usted. Por cierto, ¿le importaría responderme a algunas preguntas relacionadas con su vida matrimonial?
—No, claro que no.
—No tome mis preguntas como si se tratara de un interrogatorio policial. Lo que usted diga no saldrá de aquí y es por el bien de su esposa.
—No me importa, puede preguntar.
— ¿Cómo marcha su matrimonio?
—Pues, supongo que normal. Dicen que cuando llega el primer lustro surgen pequeños problemas.
— ¿Hacían vida matrimonial?
—En los últimos tiempos, apenas. Alegaba que tenía jaqueca, que estaba en sus días críticos, que no le apetecía.
— ¿Reparos por parte de ella?
—Sí. Yo deseaba tener relaciones con Vivie, la amo, pero parece que ella se ha cansado de los juegos de cama.
— ¿Sabe por' qué motivo?
—No —respondió, encogiéndose de hombros.
— ¿Se considera usted torpe haciendo el amor? Y perdone la crudeza de mi pregunta.
—Pues, la verdad, no sé, no soy mujer y hombre en el momento de hacer el acto sexual.
— ¿Le reprochaba algo su mujer?
—Bueno, al principio, los dos primeros años, creo que le complacía, luego las cosas cambiaron. Parecía que se cansaba de todo.
— ¿Ella tenía orgasmos?
— ¿No se lo ha contado Vivie?
—Me ha dicho que con usted no tenía orgasmos, que con usted no sabía lo que era.
— ¿Y por qué?
—Monsieur, parece que es usted demasiado precoz haciendo el amor y deja a su mujer insatisfecha.
— ¿Yo, insatisfecha? Pues, pues...
— ¿Su amante dice lo mismo? —preguntó el médico con naturalidad, sin ironía alguna.
— ¿Le ha contado Vivie que tengo una amante?
—No, pero es de suponer.
—Pues mi amante no se queja.

—Porque usted le paga, Monsieur Formel, porque usted le paga. Yo le recomendaría que visitara a un sexólogo.
— ¿Precisamente yo y no Vivie?
—Ella tiene problemas, pero si usted se regulariza y en los juegos de cama piensa más en su mujer que en usted mismo, habremos avanzado mucho.
—Entonces, ¿debo comportarme en la cama como el más habilidoso de los expertos?
—Algo así, pero no en seguida, sólo cuando ella esté preparada. Ahora está bajo la influencia de un gran shock.
— ¿Y qué le ha producido ese shock?
—Un monstruo que la ha estado violando.
— ¿Qué dice, un monstruo que la ha estado violando? ¿Se ha vuelto loco?
—No. Todo ha sido un problema mental, pero su esposa lo ha vivido como la más auténtica de las realidades. Al fin, no ha podido soportar la situación y se ha desencadenado la crisis. Por suerte, no es demasiado grave y saldrá adelante, pero con mucho cuidado. Por supuesto, usted deberá tener las máximas delicadezas con ella; no le hablará del monstruo violador y no tratará de hacerle el amor hasta que ella haya avanzado en su curación.
— ¿Me lo indicará usted?
—Sí, y si lo desea, Je recomendaré a un sexólogo. Todos nos creemos maestros en los juegos de cama, pero luego resulta que no somos tan expertos. No se trata de ninguna recriminación, Monsieur Formel, se trata simplemente de ayudar a su esposa. Vivie tiene la impresión de haber sido viola da por un ser horrible y repugnante, es un caso de esquizofrenia claro y en el fondo de su subconsciente existe un sentido de culpabilidad.
— ¿Sentido de culpabilidad, ella? ¿No dice que soy yo el culpable por hacer mal el amor?
—No digo tanto, pero ella debe tener en su subconsciente el sentimiento de que es frígida,
—Si es frígida, yo no soy culpable de nada.
—No se lo tome usted también con sentido de culpabilidad, es suficiente con que ese sentimiento lo tenga su esposa. Por otra parte le diré que Vivie no es frígida.
— ¿No lo es, de veras?
—No.
— ¿Y cómo lo sabe?
—Tendrá que aceptar mi palabra. Sí desea que su esposa se cure, vaya a la clínica Psisanté. Soy subdirector de allá y no tendrá ningún problema, yo mismo seguiré el tratamiento.
— ¿Y ese monstruo que la viola, no seré yo mismo, desfigurado? —preguntó, dubitativo.
—No, Monsieur, ese monstruo no es usted. Es un castigo horrible que se ha impuesto a sí misma, un castigo peligroso que puede llevarla a una locura irrecuperable, Vivie se sentirá perseguida por el repugnante espectro. Usted

no le lleve la contraria y si ocurre algún momento de ¦ crisis, llámeme rápidamente.
—De acuerdo, doctor Clovis, de acuerdo; pero, con sinceridad, dígame, ¿es recuperable mi esposa?
—Creo que sí, pero si en medicina dos y dos no son cuatro, en la rama de la psiquiatría el resultado es todavía más complejo. No se puede garantizar nunca un resultado a priori,
—Me hunde usted.
—Monsieur Formel, creo que esta situación se resolverá bien. Tenga confianza y sea flexible con su esposa, trate de comprenderla.
—Doctor —se había puesto ya en pie—, ¿seguro que no hay nada más en todo este caso?
— ¿Qué quiere decir?
— ¿Mi esposa no tendrá un amante?

# CAPITULO III

Vivie miró a la joven psicóloga, la miró tan fijamente que la psicóloga forzó una sonrisa profesional para romper aquella extraña situación.
—Cree que estoy loca, ¿verdad?
— ¿Loca? ¿Acaso esto es un manicomio? ¿Hay rejas? ¿Hay camisas de fuerza? ¿No está la puerta de la calle abierta por si desea marcharse?
—Esto es un manicomio moderno donde a los locos se les dan toda clase de facilidades, eso es, todas las facilidades.
—No está loca, madame Formel, sólo confusa por unas tensiones emocionales acumuladas que en un momento dado se han disparado. Cuando recupere su total equilibrio, su problema se habrá solucionado.
—Quiero que entienda que el horrible espectro que me ha estado violando una y otra vez no era un fantasma ni una ilusión de mi mente, era una realidad.
—Sí, claro, una realidad en su mente, madame Formel.
Vivie suspiró.
—No me cree, ¿verdad?
—No sé cuándo, pero les demostraré que es de verdad, que no es una pesadilla.
Vivie se levantó, abandonando el despacho de la psicóloga de la clínica Psisanté.
Se unió al grupo y quedó sorprendida ante las confesiones de los que formaban aquel grupo; era como una confesión pública de lo que consideraban sus pecados.

Vivie no quiso entregarse a aquella comunicación y se limitó a observar y escuchar. Oyó historias horrendas mezcladas con otras estúpidas, la mayoría de ellas contadas con falta de coordinación.
Resultaba difícil saber cuáles era ciertas y cuáles fruto de problemas mentales.
La psicóloga Corinne Doré aspiró hondo y cerró la carpeta en la que había añadido una hoja llena de letra apretada, pequeña y muy legible.
—Hola.
—Doctor Cío vis...
— ¿Cómo ha ido con madame Formel?
—Está convencida de que lo que le ha sucedido es real, completamente real, no da lugar a dudas. Cree que el espectro que la dejó con un shock psicólogo del que se recuperó al cabo de unas horas es un ser vivo.
—Sólo una mente perturbada puede creer tal cosa —dijo el psiquiatra sacando un paquete de cigarrillos que tendió a su compañera.
—Sabemos que lo que dice es imposible, pero según la revisión a fondo que se le hizo, en los últimos tiempos ella ha practicado relaciones sexuales.
—Eso es verdad, pero está casada y duerme en la misma habitación que su marido; es lógico que queden pruebas de que ha practicado las relaciones

maritales.
—Por lo que ambos han contado, su marido 110 hacía el amor con ella desde hace tiempo. La ha confesado él e incluso ella, en estado de hipnosis.
—Cabe la posibilidad de que exista un amante.
—Ella no admite la presencia de un amante.
—Puede haberse sentido culpable por sus relaciones extra-matrimoniales, y haber transformado al amante en un ser horrendo de ultratumba.
— ¿Una transformación de personaje por sentido de culpabilidad?
—Eso es.
—Sin embargo, en su subconsciente estará la verdadera personalidad del amante y su nombre.
—Esa debe ser la tarea a llevar a cabo, Corinne: Extraer de su subconsciente la verdadera personalidad del amante que ella, por sentido de culpabilidad, transforma en algo pavoroso.
—Lo intentaré.
—Tendrás que ir con mucho tacto o se te cerrará como una concha inaccesible en el fondo del mar.
—Trataré de ganarme su confianza, aunque es d-Está suspicaz, recelosa.
—Tacto y tiempo, ésa es la fórmula.
—Admitamos que es una teoría, no la consideremos aun como cierta.
El doctor Clovis sonrió levemente, quizás con un ligero aire de superioridad.
—Es evidente que madame Formel ha yacido con un hombre y si su marido no ha sido, por la frialdad de las relaciones conyugales que ambos han admitido, alguien ha tenido que ser.
— ¿Y la posibilidad de que la imaginación haya influido en su sexo hasta provocar reacciones físicas? Ya conoce los casos de los estigmas, son problemas psicosomáticos, también el problema de los falsos embarazos. Mujeres que desean tener un hijo y que sin estar encinta se hinchan y tienen los mismos síntomas que si de verdad se hallaran en estado.
— ¿Quieres decir que los cambios observados en su sexo y que son producto de una relación sexual pueden ser un efecto psicosomático?
—Es una posibilidad, ¿no?
El psiquiatra quedó pensativo. Mientras se levantaba de la butaca admitió:
—Sí, es una posibilidad, pero yo particularmente, aunque puedo estar equivocado, me inclino a creer que se trata de la existencia de un amante que cada vez que hace el amor le produce el orgasmo que ella hubiera deseado tener con su marido desde un principio. Se siente culpable por ello y en su imaginación transforma al amante en un ser repugnante, pavoroso.
—La psicoanalizaré sin prisas, a ver si sonsaco su problema.
—Cuando esté relajada, sin tensiones, podremos hipnotizarla y sacaremos toda la verdad.
—Creí que había utilizado ya la hipnosis.
—No. en realidad, sólo la sugestión, ella ha demostrado resistencia a la hipnosis. Es evidente que tiene miedo a entregarse, a liberar completamente

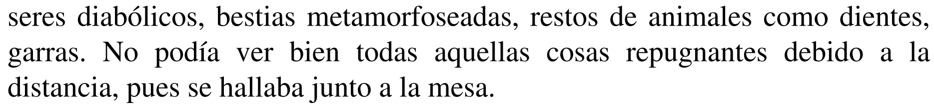
su subconsciente. Se siente culpable de algo.
La psicoanalista dio unas vueltas a su bolígrafo con capuchón de oro y con un tono dubitativo interpeló:
—Doctor, quisiera hacerle una pregunta.
—Adelante, Corinne, aunque intuyo que va a ser un tanto agresiva.
—Agresiva, no. Simplemente quería preguntarle si el caso de madame Formel le interesa como el problema de una paciente más a la que hay que ayudar o realmente lo que le interesa es el caso en sí mismo.
—Si ¡o que deseas preguntarme es si voy a utilizar a madame Formel como a una cobaya para explorar científicamente un caso que puede ser apasionante, te diré que no; primero es la paciente.
—Bien, me tranquiliza y disculpe si he dudado.
—No obstante, los médicos siempre hemos de aprender y la investigación no ha de estar lejos de nosotros. Si podemos profundizar en un problema desconocido para nosotros, tenemos la obligación de hacerlo porque de esta forma ayudaremos a otros nuevos casos que puedan presentársenos.
—En eso estoy de acuerdo, por ello me preocupan esos seres que dicen, ser parapsicólogos, espiritistas o magos, curanderos o videntes, que en realidad están muy cerca de la psiquiatría y de la psicología porque quienes se acercan a ellos suelen ser perturbados mentales.
—Toda esa gente que has nombrado son buitres que se ganan sus buenos dineros, en ocasiones auténticas fortunas, gracias a la credulidad de los débiles mentales.
—Y dé los no tan débiles. Por otra parte, ellos dan credulidad a los sucesos que nosotros negamos y eso empuja a los pacientes a confiar más en ellos que en nosotros, porque en el fondo y no tan en el fondo, los que sufren desean ser creídos.
—Es un tema apasionante para exponer en un coloquio, pero creo que al final no llegaríamos a ninguna conclusión.
—A veces me pregunto si no seremos nosotros los equivocados.
— ¿Qué dices?
—Puede que lo que le vaya a decir lo tome como una herejía científica, pero en ocasiones llego a pensar que existen hechos, sucesos, seres inexplicables. Todo choca contra el sentido racional, pero ¿y si lo que ocurre es que sólo disponemos de calculadoras que dan resultados de dos y dos? Imagínese poder realizar operaciones más complicadas, imagínese que sí existen esos seres.
—Por favor, Corinne, por favor, no vuelvas a repetir lo que has dicho. Tendría que levantar un informe y serías cesada de tu cargo, perderías tu puesto en esta clínica.
—Comprendo. Será que estoy un poco fatigada, no ceso de escuchar casos y más casos que chocan contra la razón. Algunos parecen simplemente estúpidos y que idiotizan a quienes los cuentan, pero otros son horribles, como el de madame Formel.

# CAPITULO IV

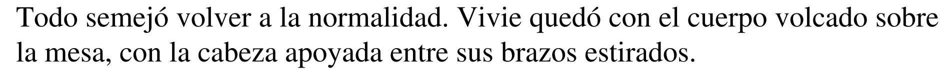
Gerard Formel había pedido a su mujer que mientras durara el tratamiento psiquiátrico no utilizara el automóvil que ella tenía a su nombre.
Por ello, al abandonar la clínica cada día al anochecer, Vivie tomaba un taxi.
Aquella noche, en vez de dar las señas de su casa, pidió ir a la Rue de la Tour, dirección que el taxista tomó como normal.
La casa poseía una amplia puerta. Era de dos plantas y buhardilla de tejado negro, estaba pegada a otras viviendas de estilo similar.
Debían ser casas amplias, de tipo unifamiliar, casas que algunos profesionales habían adquirido para desarrollar su labor. La que estaba a la derecha de la que se dirigía Vivie Formel, se había convertido en un laboratorio de análisis privado y la del lado izquierdo era un gabinete de abogados.
«AHORA Y EN LA ETERNIDAD», rezaba una placa negra. Debajo había un nombre: «ARTEMISE».
Pulsó el llamador y no oyó nada. El timbre o llamador musical debía hallarse muy dentro de la vivienda. Aguardó, había oscurecido ya.
Estaba nerviosa. Miró hacia la calle; semejaba que fuera a empezar a llover de un instante a otro.
Abrió la puerta una mujer alta que aún lo parecía más por el vestido oscuro que le llegaba hasta los pies. Su edad resultaba indefinida y Vivie incluso sospechó que utilizaba peluca, una peluca de tonos castaño rojizo, un cabello con grandes rizos que ocultaban parte del rostro.

- ¿Madame Artemise?

—Pasa, hija mía, te estaba esperando.
Vivie Formel penetró en el oscuro vestíbulo iluminado tan solo por lámparas en forma de antiguos hachones.
Poseía pequeñas bombillas amarillas dentro, simulando fuego.
Madame Artemise cerró la pesada y oscura puerta.
— ¿Cómo sabía que iba a venir?
—Sígueme.
La siguió por un corredor amplio en el que se abrían puertas a derecha e izquierda. Apenas prestó atención a los cuadros que pendían de las paredes; eran óleos tan oscuros que casi no podía verse lo que se representaba en ellos.
Llegaron a una salita circular de unos ocho o nueve metros de diámetro.
En las paredes colgaban espesos cortinajes y cuadros; había algunos muebles sueltos de aspecto muy antiguo y no se veía ventana alguna. Posiblemente, si la había, estuviera detrás de alguno de aquellos cortinajes.
En el centro de la salita había una mesa circular, muy pulida, limpia y brillante. Sobre ella no había nada, pero sí había objetos extraños y escalofriantes en las vitrinas que se hallaban en torno a la salita.
Calaveras completas que resultaba difícil discernir si eran auténticas o fieles imitaciones, enigmáticas tallas en madera de ébano y marfil representando a


seres diabólicos, bestias metamorfoseadas, restos de animales como dientes, garras. No podía ver bien todas aquellas cosas repugnantes debido a la distancia, pues se hallaba junto a la mesa.
—Siéntate
—Un momento. ¿Cómo sabía que iba a venir?
—Siéntate
—Usted no me conoce, madame Artemise.
—Yo conozco a quien viene a buscarme, a pedirme ayuda y tú has llamado a mi puerta para pedírmela. Siéntate.
Madame Artemise tenía un tono de voz que sugestionaba, imponía su voluntad sin autoritarismo, con confianza. Vivie Formel se sentó frente a la mesa redonda.
—Estoy angustiada, madame Artemise, muy angustiada. Creo que me he vuelto loca.
—Cuéntame, cuéntame...
Tendió sus manos y cogió las de Vivie. Esta no se opuso y notó que algo helado pasaba a sus venas, pero no le molestó.
Vivie se confió; explicó todo lo que le había sucedido sin ocultar nada y sin darse cuenta, la luz fue disminuyendo en la estancia. Al final, sólo había una iluminación pálida en el rostro de madame Artemise.
— ¿Y qué es lo que deseas?
—No lo sé.
— ¿Le amas?
— ¿A quién?
—Al espectro.
—No, no, le odio, me repugna.
—Pero, te hace gozar, ¿verdad?
Las manos de Vivie temblaron.
—No sé qué me pasa. No puedo evitarlo, no quiero que me pase, pero me siento como ahogada y luego, luego es más fuerte, más fuerte...
—Tu hombre jamás te hizo sentir nada semejante, ¿verdad?
—No, no, Gerard no lo consiguió nunca.
— ¿Cómo se llama?
— ¿Quién, Gerard?
— ¿Gerard es tu hombre?
—Sí, se llama Gerard.
—No, me refiero al ser que te visita.
—No lo sé, no me ha hablado nunca. Entra, me desnuda y me posee. Luego, ya violada, me abandona en la cama.
—Llámalo.
— ¿A quién?
—A tu amante.
— ¿Al horrible espectro? —repitió, mientras sus manos temblaban.
Trató de retirarlas, pero madame Artemise se las retuvo con una fuerte presión

de sus dedos.
—Llámalo.
—No puedo.
— ¡Llámalo!
—No puedo, no puedo —repitió, casi convulsiva.
—Ahora ya lo conoces. Él es tu amante, tu dueño. Tienes que llamarle y suplicarle que se aleje de ti, que te deje libre. Ese ser existe, está en el ambiente, te rodea, te busca, te posee. Llámalo.
—Por favor, por favor, seas quien seas, ven, por favor —suplicó Vivie, sollozando.
—Seas quien seas, de este mundo o del mundo de ultratumba, acude a la llamada de tu amante. Acude por obediencia al príncipe de los avernos.
Comenzó a soplar un viento en torno a ellas, un viento cada vez más intenso, un viento que agitaba sus cabellos y las estremecía de frío.
Vivie tuvo la impresión de hallarse en el eje de un círculo que comenzaba a girar en torno a ella, tan vertiginosamente que la mareaba.
De pronto, escuchó una mezcla de aullido y rugido, algo que no era humano. Su olfato notó un olor que ya conocía y un sudor frío empapó su espalda, el finísimo vello de su cuerpo se erizó.
Le costaba mantener los ojos abiertos, pero frente a ella y por detrás de madame Artemise pudo ver al ser que un día tras otro había irrumpido en su alcoba para violarla y hacerla gozar al mismo tiempo.
Aquel ser nauseabundo, de ultratumba, poseía unas grandes cuencas vacías sin ojos y, sin embargo, parecía mirar desde lo más hondo de las mismas.
Sus cabellos sucios y amarillentos estaban ajados, pútridos. Aquel ser alto, casi esquelético, un ser diabólico que se cubría con una larga capa parda que semejaba haber estado sirviendo de sudario a un cadáver durante siglos, semejaba reírse de ella.
Estaba seguro de su fuerza, de su influencia, de sus poderes diabólicos.
— ¡No, no, noooo! —gritó Vivie sacudiendo la cabeza.
Tenía la impresión de que en aquellos giros violentos, inmersa en aquel viento huracanado que parecía haberse desatado dentro de la salita circular, ella iba a salir volando y se agarraba desesperadamente a las manos de madame Artemise, lo único que la ataba a la Tierra, al mundo de lo racional.
— ¿Lo ves, lo ves? —preguntó madame Artemise que tenía sus ojos clavados en Vivie.
— ¡Sí, sí! —gritó ella.
—Pregúntale cómo se llama, pregúntaselo.
— ¡No, no quiero verlo, no quierooo!
—Pregúntale cuál es su nombre —insistió madame Arte-mise con firmeza.
— ¿Cómo te llamas? —inquirió llena de terror, rehuyendo mirarlo al rostro.
—Chamevillard y tú me perteneces, me perteneces, me perteneces...
Vivie vio cómo se disolvía, como se esfumaba y desaparecía ante sus ojos pese a que el nauseabundo olor permaneció en el ambiente.


Todo semejó volver a la normalidad. Vivie quedó con el cuerpo volcado sobre la mesa, con la cabeza apoyada entre sus brazos estirados.

—Le perteneces, hija, le perteneces.

— ¡Nooo! —gimió y suplicó a un tiempo.

—Algo ha debido ocurrir para que Chamevillard se considere tu dueño. Ya no eres libre, has arrancado a un muerto viviente de su morada.

— ¡No, yo no he hecho nada, nada!

—Sólo hay tres caminos, hija mía —le dijo madame Artemise hablando muy despacio—. El primero, que te entregues a él sin reservas, que seas su amante sin condiciones, que seas tomada por él cuando Chamevillard lo quiera. Los muertos vivientes también tienen sus deseos, pero son muy peligrosos porque no conocen la piedad. Puede hacerte sufrir, torturarte, puede hacer que mueras,

—No quiero ser su amante, no quiero.

—La segunda posibilidad es que busques un conjuro que lo aparte de ti, que lo aleje, que lo maldiga, que huya atemorizado.

— ¡Quiero que huya, que huya!

—No será fácil de conseguir, no será fácil.

— ¿Y la tercera posibilidad?

—Que mueras y seas sepultada con una cruz de plata sobre tu cuerpo.

— ¡No quiero morir, no quiero!

—Buscaré el medio de conjurarlo, Vivie. Confía en mí, confía en mí y acude a mi mansión en cuanto sientas la llamada, pero deberás comprender algo, algo que parece miserable pero que es una triste realidad.

— ¿El qué?

—Yo soy mortal, Vivie, tan mortal como tú y tengo que vivir, que comer, tengo que sufragar los gastos de mi mansión y de las investigaciones que hago sobre la vida del más allá.

—Sí, sí. ¿Cuánto le debo?

—Tranquilízate. Ahora, nada, pero cuando vuelvas otra vez, tráeme cincuenta mil francos en billetes, no quiero cheques.

— ¿Cincuenta mil francos? —repitió, asombrada por lo elevado de la cifra.

—Investigar cuesta mucho dinero. Estudiaré tu caso, buscaré los conjuros, consultaré antiguos facsímiles, libros prohibidos, viajaré adonde sea preciso. Te ayudaré a que Chamevillard se aleje de ti, puesto que ése es tu deseo.

—Sí, sí. Traeré el dinero pero ayúdame, ayúdame —le pidió, crispando sus dedos al coger las manos de madame Artemise, la cual tenía una mirada fría, una mirada que se veía a través del rostro de Vivie Formel como si estuviera pérdida en la mente de ésta, tratando de leer en ella.

# CAPITULO V

El empleado del Banco le mostró el cheque firmado y Gerard Formel quedó perplejo, muy perplejo; no cabía duda de qué la firma era auténtica.
—Recuerdo bien el pago, Monsieur Formel. Recuerdo haberle hecho observar a madame Formel que llevar tanto dinero encima en efectivo resultaba muy peligroso. Los delincuentes abundan y alguno podía verla sacando tanto dinero del Banco, pero madame Formel insistió en que lo quería en metálico.
— ¿No le dijo para qué?
—No, no me lo dijo y jamás me hubiera atrevido a preguntárselo, Monsieur.
—Sí, comprendo.
Con el rostro sombrío, aguardó impaciente a que su esposa llegara aquella noche al apartamento después de pasar el día en la clínica Psisanté.
Al fin, se abrió la puerta y entró Vivie. Miró hacia su marido que se hallaba en la salita, sentado en una butaca; el cenicero estaba Heno de colillas. El ambiente olía a tabaco, el humo flotaba en el techo.
—Hola, Vivie.
—Hola —dijo ella, como si acabara de descubrirle.
—Siéntate.
— ¿Ahora?
—Sí, ahora, siéntate cerca de mí.
—Bueno.
— ¿Te encuentras bien, Vivie?
—Sí, me encuentro bien.
— ¿Qué has hecho hoy?
—Tonterías.
— ¿Tonterías, de verdad? -—inquirió Gerard aplastando la colilla en el cenicero y buscando un nuevo cigarrillo en el paquete.
—Bueno, he modelado un elefantito en barro. ¿No te parece absurdo?
—No sé, no entiendo de terapia por trabajos manuales. Por cierto, ¿cómo te ha salido la trompa del elefantito?
-—No seas vulgar, Gerard.
En tono suave pero sin preparación previa, el hombre preguntó:
— ¿Qué has hecho con los cincuenta mil francos?
— ¿Qué?
—No te hagas la tonta, cincuenta mil francos es mucho dinero.
—Es cierto, es mucho dinero.
— ¿Qué has hecho con él?
—No sé, no me preguntes.
Gerard se levantó, se notaba en su rostro que se estaba conteniendo. Se acercó a su mujer que se hallaba en el sofá y se sentó junto a ella buscando sus ojos para descubrir la verdad.
—Cincuenta mil francos es demasiado dinero, no puedes decir que no sabes lo

que has hecho con él. Es mi dinero, el dinero que gano trabajando cada día.
—Yo también tenía dinero.
—Vivie, por favor, trata de comprender. Yo no he buscado ningún certificado médico para impedir que tú utilices la cuenta bancaria que tenemos conjunta, no lo he hecho porque confiaba en ti, pero eso de llevarte cincuenta mil francos... Compréndelo, Vivie, eso no es normal. El psiquiatra es caro y la clínica también es costosa. Si tú hubieras utilizado los cincuenta mil francos en algo digamos útil, no diría nada, pero que no quieras decírmelo, no lo entiendo.
—Los he perdido.
—Mientes, Vivie, tú sabes que mientes. No estás tan loca como para sacar cincuenta mil francos del Banco, ir por la calle y perderlos.
— ¿Ah, no, no se pueden perder cincuenta mil francos? —inquirió desafiante, mirándole a los ojos casi por primera vez.
—Admitamos que se pueden perder cincuenta mil francos, pero ¿para qué los sacaste del Banco? Seria para algo, digo yo.
—Tú quieres que te dé explicaciones de todo y no tengo por qué dártelas. No soy una niña y no estoy loca, no estoy loca.
Se levantó airada, dispuesta a dar por terminado el diálogo.
Toda la contención que Gerard Formel había tenido hasta aquel momento se desató y lanzó una especie de zarpazo hacia su mujer con la intención de sujetarla, dominarla, de obligarla a sentarse de nuevo en el sofá para que le explicara la verdad sobre lo ocurrido con el dinero.
Aquella especie de zarpazo colérico sólo sirvió para que rompiera la falda de Vivie y la desnudara en parte. Los dos se quedaron tensos en aquel instante.
Vivie vio cómo él clavaba sus ojos en el pequeño slip negro que cubría su sexo, un slip que podía verse a través de la larga blusa semitransparente.
Gerard alargó su mano despacio, con suavidad, para acariciar aquello que deseaba.
—No, Gerard, no.
Ella trató de apartarse, pero Gerard la sujetó por una pierna con la otra mano mientras su diestra seguía acariciando lo que deseaba.
—No, no, déjalo, 'déjalo para otro momento.
—Vivie, hace tanto tiempo... Yo te amo, te deseo. ¿Por qué, por qué no?
—Déjalo, déjalo.
— ¡No!
La volcó sobre el sofá, desnudándola con la fiereza propia de un violador atormentado, un violador enloquecido, ansioso por consumar sus deseos.
Vivie dejó de luchar. Comprendía que no iba a contener a Gerard que, por otra parte, era su marido y parecía muy excitado.
De súbito, su olfato identificó un olor nauseabundo, un olor que ,1a estremecía, un olor que la desquiciaba.
—No, nooo...
—Vivie, te amo, te amo.

Con los ojos muy abiertos, por detrás de su esposo, Vivie vio al temible espectro. Le pareció más horripilante que nunca, más siniestro que en las anteriores ocasiones, más inhumano.
Aquel ser alargó sus manos huesudas, de dedos largos, y cogió a Gerard por el cuello como si fueran dos garfios que hundió en su carne ante el espanto y el asombro del hombre que trató de revolverse sin conseguirlo.
El siniestro Chamevillard estiró y con ambas manos reventó el cuello de Gerard.
Brotó la sangre, violenta y angustiosamente. Vivie lo vio todo rojo. La sangre que casi a chorro saltó sobre su rostro le ensució los ojos.
Gerard quiso gritar y de su garganta sólo escapó un desagradable gorgoteo. Después, el peso del cuerpo cayó sobre la mujer.

# CAPITULO VI

Aquél era el primer caso policial qué Mareel Argent tenía entre sus manos como inspector de la policía judicial. Quizá el comisario Vartan se lo había pasado por lo sencillo que le había parecido.
Marcel. Argent prometía una buena carrera dentro del cuerpo de la policía judicial, sus expedientes como agente habían sido inmejorables.
Luego, había ascendido los diversos puestos hasta llegar a convertirse en un joven inspector al que, según los veteranos del comisariado, faltaba experiencia, mucha experiencia.
Marcel Argent había asegurado que la experiencia la obtendría solucionando casos, muchos casos, aunque era consciente de que no pocos debían de cerrarse provisionalmente por falta de pistas. Había criminales muy astutos que conseguían burlar a la ley.
De una cosa sí estaba seguro Mareel Argent y ésta era de que el criminal no siempre pagaba su culpa, aunque en las novelas y telefilmes solía decirse lo contrario para favorecer la imagen policial o tranquilizar a los devoradores de historias policiacas.
Tomó el oficio del forense y se lo leyó un par de veces. Meditó Sobre el mismo y luego abandonó su pequeño despacho. A bordo de su automóvil se trasladó a la Morgue y allí pidió por el doctor forense que había firmado la autopsia practicada al cadáver de Monsieur Gerard Formel.
—Usted dirá, inspector.
—Verá, todo parece demasiado simple y al mismo tiempo difícil de creer. La muerte, según usted, se produjo por desgarros múltiples del cuello, afectando a la yugular, a la tráquea, al esófago, a las carótidas, etcétera.
—Sí, más o menos. Fue algo atroz, como atacado por una fiera o atrapado por una potentísima rueda dentada.
— ¿Cree que madame Formel, la esposa del occiso, pudo llevar a cabo tal destrozo con sus propias manos?
—Inspector —-se relajó en la butaca, vestía una bata limpia, no había manchas de sangre en ella—. Me cuesta creer que una mujer pudiera llevar a cabo tales destrozos en la garganta de un hombre, además sano, fuerte y relativamente joven como Monsieur Formel. Sí, me cuesta creerlo, una mujer carece de tal fuerza.
— ¿Y en un rapto de locura feroz?
—En ciertos casos de locura pasajera pero muy violenta, un ser humano es capaz de desarrollar una fuerza increíble, una fuerza que no corresponde en absoluto a su poder ofensivo normal.
—Pero ¿atestiguaría ante un tribunal que pudo ser madame Formel?
—No, no, claro que no, eso sólo sería una hipótesis. Es evidente que madame Formel sufre trastornos mentales. Por lo que sé de ella, estaba llevando a cabo un tratamiento psiquiátrico de recuperación, pero de eso a decir que ella pudo

ser, va un abismo. Cuando se tiene la experiencia que yo ya poseo por mis largos años en la Morgue, es evidente que ya no puedo asegurar más que lo que puedo probar científicamente.
—Entonces, ¿quién cree que pudo hacerlo?
—Evidentemente, un ser con manos, un humano o un primate de gran tamaño.
— ¿Un primate de gran tamaño, quieres decir un gorila o un orangután?
—Sí. Hay ejemplares de esa clase de primates que sí podrían desgarrar un cuello humano. Bueno, también hay hombres fuertes que podrían hacerlo, pero por las señales inequívocas, eran menos de cinco dedos. ¿Quién ha sido? —Se encogió de hombros—. Este asunto deben resolverlo ustedes que son la policía.
De la. Morgue, el joven inspector Argent se dirigió a la clínica Psisanté. Allí se entrevistó con el doctor psiquiatra Clovis que le recibió en su despacho.
—Disculpe que le haga preguntas muy directas, doctor. Si en algún momento cree que ataco su secreto profesional, me lo dice.
—De acuerdo, es un placer dialogar con un inspector de policía tan consecuente.
— ¿Cree que madame Formel mató a su marido?
— ¿Lo que le diga va a emplearlo ante un jurado?
—No, por ahora.
—Bien. Yo no vi a madame Formel en el momento de los hechos. Cuando fui avisado de lo ocurrido y siendo como es madame Formel paciente mía, me trasladé al psiquiátrico judicial para verla, pero allí estaba bajo el efecto de un sedante de larga duración. La verdad, me molesta que esté retenida en el psiquiátrico judicial.
—El juez decidirá si madame Formel puede ser procesada por la muerte de su esposo.
—Es evidente que ella no fue.
— ¿Por qué cree que no fue ella la asesina, aun pudiendo tratarse de un caso claro de enajenación mental?
—Porque me preocupé de preguntar si tenía las manos sucias de sangre.
— ¿Y tenía manchas de sangre?
—Salpicaduras, sí, pero no totalmente manchadas como deberían estar por haberse metido en el interior de la garganta del desgraciado Monsieur Formel, debía tener las manos empapadas de sangre. La sangre que puede salir por la garganta es muy abundante y de efectos muy aparatosos. Trato de hablarle sin terminología médica para que me comprenda mejor.
—Ella pudo lavarse.
—Es una posibilidad, pero examiné sus uñas y le puedo asegurar, como profesional, que cuando un psicópata tiene un acceso violento y ataca a alguien con sus manos, lo hace con tanta brutalidad y fuerza que sus uñas, no acostumbradas a efectuar desgarros como los que podría llevar a cabo una fiera, se rompen. Madame Formel, después del desgarro de la garganta de su esposo, tenía unas uñas perfectas,

— ¿Ha entregado esta observación al juez cómo informe?
—Sí, y espero que la deje salir cuanto antes del psiquiátrico judicial y que venga a recuperarse aquí. Ella es víctima de una situación y no culpable de la muerte de su marido,
—Comprenderá que habiendo un asesinato tan brutal como absurdo y estando cerca una enferma mental, cabe sospechar de ella.
—Sospechar no es suficiente para encerrar,
—Sólo se tratará de una reclusión preventiva para que los forenses colegas de usted den su informe sobre ella.
—En psiquiatría no resulta fácil que los colegas nos pongamos de acuerdo y esto a veces resulta peligroso para los pacientes que pueden convertirse en víctimas, y ya ve que hablo un poco en contra de mi profesión.
—Le comprendo.
Marcel Argent se apoyó contra el respaldo de la butaca para notarla bien; hizo una pausa antes de preguntar:
— ¿Quién cree usted que pudo ser el asesino?
—No soy policía.
—Pero, es psiquiatra y el caso tiene aspectos un poco digamos feos o anormales.
—Imposible saberlo. Debió haber otra persona, indudablemente un hombre muy fuerte a juzgar por la forma en que Monsieur Formel murió.
—Disculpen —pidió la mujer joven que entró en el despacho.
El inspector Argent la miró. Era alta, espigada, muy dueña de sí. Tenía unos grandes ojos oscuros y un cabello negro, largo, lacio y espeso.
Era una mujer muy atractiva y, sin embargo, sus ojos transmitían una placentera serenidad a quien los miraba.
—Pasa, Corinne. El inspector Argent se interesa por nuestra paciente madame Formel.
—Es lamentable lo ocurrido, pero ella no ha podido ser. ¿Van a soltarla?
—Es cosa del juez, es lo que le estaba diciendo a su colega.
El doctor Clovis puntualizó:
—La doctora Corinne Doré es psicóloga y yo soy psiquiatra.
—No creo que haya mucha diferencia. ¿O sí? —Preguntó— el joven policía.
—Son dos ramas distintas de la ciencia —explicó la joven—. Ambos tratamos de curar a las mentes enfermas, pero la psicología rehúye los medicamentos, prefiere utilizar el psicoanálisis y el psiquiatra...
—Bueno, bueno, no me líen con problemas médicos. ¿Sabía alguno de ustedes dos qué hizo madame Formel con cincuenta mil francos en efectivo?
Ambos se miraron, perplejos. Después, la psicóloga Corinne y el psiquiatra Clovis se miraron entre sí, como interrogándose mutuamente.
—No sabíamos nada —dijo Corinne.
—Pues madame Formel sacó del Banco cincuenta mil francos y Monsieur Formel fue a pedir explicaciones el mismo día en que fue asesinado. Hay motivos para sospechar que esos cincuenta mil francos tienen alguna relación

con el crimen.
El psiquiatra suspiró levemente.
—Yo sostengo la teoría, no compartida por la doctora Corinne, de que madame Formel tiene un amante.
— ¿Un amante, seguro? —preguntó el flamante inspector de la policía judicial.
—Es una teoría —le puntualizó Corinne—, una teoría no probada y que puede tener mucho que ver con los trastornos mentales que sufre la paciente.
—Pero ¿existe esa posibilidad?
—Yo creo que sí —insistió el doctor Clovis—. Hay motivos para pensar en ellos.
— ¿Quizá un gigolo? —preguntó el inspector.
--Quizá. Es evidente que madame Formel no es una ninfómana, pero sus relaciones matrimoniales no funcionaban bien y quizá ella, de forma más o menos inconsciente, se buscó un amante o le surgió fortuitamente. Es posible que ese amante le pidiera los cincuenta mil francos y cuando Monsieur Formel interpelaba a su mujer por la falta de ese dinero, como usted ha dicho, pudo asesinarle.
—Lo que sí es evidente es que madame Formel estaba presente en el momento del asesinato —puntualizó el inspector Argent.
—Estaba presente, pero sufre un shock psíquico muy importante. Será difícil sacarla de él; puede que se sumerja en un estupor y sus problemas mentales se agraven.
— ¿Cuánto creen que tardará en salir de su estupor? —preguntó el joven inspector Argent que dedicaba interesantes miradas a la joven psicóloga.
—Si permanece mucho tiempo en el psiquiátrico judicial, quién sabe —opinó Corinne—. Puede tardar muchísimo más, cada día puede tener un efecto multiplicador negativo.
—Comprendo. Hablaré con el juez, todo está en sus manos. Es sospechosa y aunque no la acuse de asesinato por falta de pruebas, puede acusarla de complicidad.
—Cuando encuentre al amante, quizá; mientras, no veo con qué motivos —dijo el doctor Clovis.
—Investigaremos lo que podamos respecto a ese supuesto amante. ¿No sabe si pasó algún hombre por esta clínica, aparte del propio Monsieur Formel, interesándose por ella?
Ambos negaron con la cabeza.
—Lo hemos comprobado.
—Está bien, seguiremos investigando. Ahora iré a ver a madame Formel y me interesaré por su estado por si hay posibilidad de interrogarla.
— ¿Me permite que le acompañe? —preguntó Corinne.
— ¿Y usted?
—Sí, en calidad de psicóloga que tenía a madame Formel en tratamiento.
—De acuerdo; será interesante estar asesorado, venga conmigo.

Ya dentro del coche, Marcel Argent preguntó a la doctora Doré:
— ¿Cree que el amante también podía ser un psicópata?
— ¿Por qué lo dice?
—Por la forma tan bestial de asesinar. Por lo visto, hace falta una gran fuerza en los dedos, ha tenido que utilizarlos como garras o como garfios según el médico forense.
— ¿Un amante loco? —Repitió la doctora Corinne—. Eso complicaría más las cosas, qué extraño sería.

# CAPITULO VII

Vivie Formel estaba sentada en una silla, muy callada. Su mirada no parecía extraviada, aunque tampoco mostraba interés por nada.
— ¿Te acuerdas de mí, Vivie? —preguntó la psicóloga.
—Sí, Corinne.
—Magnífico.
Corinne se acercó a ella y la besó en ambas mejillas, afectuosa.
—Te presento a Marcel Argent, Un amigo —le dijo, ocultándole su condición de inspector de la policía judicial.
—Yo no fui, yo no fui.
—Claro que no, Vivie, claro que no, pero ¿sabes quién lo hizo?
Vivie miró significativamente a Marcel Argent. Este se sintió algo inquieto y Corinne interpretó la mirada de su paciente.
— ¿Quieres hablarme a solas?
—Sí.
—Espero afuera —dijo Marcel Argent, temiendo cortar una posibilidad de confesión. Aguardó en el corredor, algo nervioso.
Poco después salía Corinne y su rostro no parecía alegre sino preocupado.
— ¿Ha dicho algún nombre?
—Sí.
—Estupendo —suspiró Marcel, como quitándose un peso de encima.
—Yo no lo veo tan estupendo.
— ¿Cuál es el nombre?
—Chamevillard.
— ¿Chamevillard? —Sacó un pequeño bloc en el que anotó el nombre—. Le encontraremos —dijo.
—No creo.
-— ¿Por qué?
—Murió hace siglos.
— ¿Cómo?
—Se trata de un problema mental que sufre. Vivie cree que la viola el espíritu de Chamevillard.
— ¿Entonces, todo es pura imaginación?
—Se trata de una especie de autocastigo psíquico. Ella cree que Chamevilíard la visita y la viola, para ella es un hecho que ocurre realmente.
— ¿Y no puede haber alguien físicamente vivo que se haga pasar por ese ser, según parece muerto hace siglos, para provocarle miedo?
—Es una posibilidad, pero de momento, nadie más que ella le ha visto.
— ¿Y dice que ese Chamevillard ha sido quien ha asesinado a Monsieur Formel?
—Sí.
—Me temo que si el juez oye tal cosa, no va a salir del psiquiátrico judicial en mucho tiempo.

—Si permanece aquí más tiempo, será peor para ella. Necesita tratamiento y en la clínica Psisanté se lo estábamos proporcionando. O la acusan del asesinato o de complicidad o la dejan en libertad para que sigamos tratándola. Al parecer, alguien quiere utilizar su enfermedad mental para encubrir sus oscuros propósitos.
—Veremos qué opina el juez, aunque el asunto de los cincuenta mil francos no es una imaginación, ella los sacó del Banco y han desaparecido. ¿Cree que se los entregó a un espíritu para que se los gastara en Pigalle?
—No bromee con este asunto, inspector, no bromee. Para esa mujer, joven y hermosa...
—No tanto corno usted.
—Es muy amable. En fin, trato de decirle que para ella todo lo que le ocurre es real.
—Ustedes los psicólogos emplean la hipnosis, ¿verdad?
—Sí.
— ¿Y por hipnosis no puede extraerle la verdad de la mente?
—Es lo que intento, pero 110 vaya a creer que lo que madame Formel me diga en estado de hipnosis se lo voy a contar a usted.
—Ya sé que lo declarado en estado de hipnosis no es válido en un proceso ante un jurado, pero para el trabajo policial, unos informes ayudan y ahorran tiempo y dinero del contribuyente. ¿No cree?
—¡Todo lo que madame Formel no le diga en su estado normal de conciencia, tampoco se lo voy a decir yo.
— ¿Ética profesional?
—Sí.
—Comprendo.
—Qué raro.
— ¿Raro, por qué?
—Un policía comprensivo, debe ser usted novato. Suelen ser más autoritarios, más exigentes, más avasalladores.
—También se nota que es usted novata.
-¿Yo?
—Sí, usted.
— ¿Por qué?
—Porque le dice todo lo que piensa a un policía. Voy a visitar al juez ahora, ¿quiere acompañarme?
— ¿Piensa que lo que yo diga puede influir en él?
—Por supuesto que sí.
En el coche del inspector Argent se llevaron a la joven y bella madame Formel a la clínica Psisanté.
El juez no había decretado nada en su contra, no se podía probar que ella fuera la asesina ni que tuviera complicidad en el crimen, pero sí exigió que quedara recluida en la clínica bajo custodia de la dirección del centro hasta que el familiar más allegado se hiciera cargo de ella.

Tenía que tratarse a fondo el tema de la herencia, pues si se consideraba a madame Formel una perturbada mental, ella no podría disponer del dinero del Banco ni de nada que perteneciera a su esposo; alguien habría de convertirse en su tutor.

—Te cuidaremos bien —dijo Corinne.

—No me importa nada, nada. No me importaría morir, creo que incluso sería lo mejor para mí, o quizá no. —Y se puso a sollozar dentro del coche.

La psicóloga Corinne no comprendió el sollozo de la joven y bella madame Formel. Para ella, la muerte podía significar la caída total en manos del espectro, un espectro que para la psicóloga sólo existía en la mente perturbada de Vivie.

# CAPITULO VIII

Habían viajado varias horas en coche.

Jean, el chófer, tenía deseos de detenerse y estirar las piernas, meterse en un bar, tomarse una cerveza y pasar por el retrete, pero no se atrevía a decir nada.

Tras él viajaba madame Artemise y ésta era muy exigente. A su lado iba Marguerite, una muchacha de aspecto aniñado que no era tan joven como parecía.

Tenía los cabellos largos, muy rubios, y era la propia Artemise quien se encargaba de maquillarla y vestirla.

Jean estaba casado con Marguerite pero no yacía con ella. Jean no era un hombre complicado, por ello no' trató de entender por qué madame Artemise se interesaba tanto por Marguerite.

Observó que la utilizaba para experimentos espiritualistas y otras cosas y no quiso entrometerse.

Desde el día en que se le contrató como chófer y guardaespaldas de madame Artémise, no le faltaban sus buenos francos en los bolsillos y nadie se metía con él porque se fuera con otras mujeres.

Incluso madame Artemise le había preparado encuentros con distintas mujeres que habían acudido a ella en busca de solución a los problemas que las atormentaban, problemas que en muchas ocasiones no pasaban de ser vulgares frustraciones.

Mujeres sexualmente descompensadas que Jean atendía adecuadamente, aunque a veces tenía que hacer mucho teatro en la sesión de cama.

Aparecía vestido de militar, de soldado del medievo, de romano o cualquier otra cosa parecida. Unas luces y unas pinturas lo transformaban y se convertía en el varón deseado por aquellas frustradas.

A Jean, estas cosas le divertían en ocasiones, pero en otras le fastidiaban, puesto que las mujeres no siempre eran hermosas y mucho menos jóvenes; no obstante, callaba.

Todo le iba bien, pero tenía prohibido acercarse a la falsamente aniñada Marguerite que era joven, muy joven, pero tampoco una niña en edad escolar.

—Hemos llegado —indicó Jean, aminorando la marcha.

Era ya noche cerrada y el cielo estaba encapotado. Amenazaba lluvia, aunque no habían caído aún las primeras gotas.

—Busca la Maison du Cavalier.

—Sí, madame. Esperemos que no esté fuera de la población.

La aldea era pequeña, de casas antiguas. Había muy poca luz y las casas semejaban abandonadas. Quizá muchos de los nacidos allí estaban en el gran París y sus hijas trabajando en las galerías Lafayette o en cualquier otro gran almacén donde por el acento se les notaría de inmediato que no eran parisinas, aunque ellas hicieran todo lo que pudieran por parecerlo.

No fue difícil hallar la Maison du Cavalier, era una de las pocas casas iluminadas en aquel pequeño pueblo.

Jean detuvo el coche frente al establecimiento y madame Artemise le ordenó:
—Entra y mira si tienen dos habitaciones, algo de cena y buena información.
—Sí, madame.
La puerta se abrió a la llamada de la campanilla y por la rapidez con que abrieron daba la impresión de que ya habían oído la arribada del automóvil.
—Buenas noches, Monsieur. Pase, pase.
Jean observó a la mujer de cabellos blancos y luego miró hacia el coche.
— ¿Tiene dos habitaciones y cena para tres?
—Claro que sí, Monsieur, es decir, si no son muy exigentes con la comida, pero un guisado de carne con carottes y una sopa menestra la tendrán inmediatamente, es decir, dentro de una hora.
—Bien, puede ir preparándola. Nos quedamos a pasar la noche.
Tal como había dicho, aquella buena mujer les preparó la cena y las habitaciones. Les sacó buen vino borgoñés y acabó diciéndoles que estaba sola porque su hijo había preferido marchar a Marsella.
—...Aquí casi nunca hace sol, es un lugar triste y en Marsella hay mucho sol. Mi hijo siempre me dice que vaya con él; bueno, me lo decía. Creo que ahora está de viaje y no sé adónde escribirle.
— ¿Sabe dónde está la mansión de Chamevillard?
La pregunta fue hecha súbitamente, casi a traición. La mujer vieja parpadeó.
— ¿La mansión de los Chamevillard, dice?
—Sí.
—No hay ningún Chamevillard aquí.
—Ya imagino que no hay ninguno —dijo madame Arte-mise—, pero lo hubo hace siglos. Creo que fueron marqueses.
—Ah, las ruinas de los marqueses. ¿Eso es lo que quiere decir?
—Sí. Estamos de paso y quisiéramos visitarlas antes de proseguir viaje.
—Si no hay nada que visitar... Antes de la primera guerra sí había un petit palais, tenía bellos jardines, pero la artillería lo destruyó. Los soldados estuvieron allí en la segunda guerra, pero ya no era lo de antes. Ahora no hay nada que ver, todo son ruinas.
—Pese a todo, quisiéramos verlas. Nos gusta hacer la ruta de las ruinas históricas —explicó Artemise, pues era ella siempre la que hablaba.
—Están camino del pantano.
—Lo visitaremos mañana --dijo Jean.
— ¿Mañana? No, no, ahora, antes de ir a dormir —puntualizó madame Artemise.
— ¿De noche, madame, de noche? —se asombró la vieja de la posada.
—Mañana tenemos que proseguir viaje y no habría tiempo de ver nada. Dígame donde están e iremos en el coche.
—Si no verán nada. Además, no creo que puedan llegar con el coche, el camino está muy mal yendo hacia los pantanos.
—Llevamos linternas. Puede guiarnos si lo desea, le pagaremos bien —le propuso madame Artemise.

—No, no, madame. Ni que me dieran todo el oro del mundo iría hacia las ruinas del pantano de noche.
— ¿Por qué? —Se sonrió Artemisa—. ¿Tiene miedo a los fantasmas?
La vieja del mesón vaciló un poco; luego, preguntó:
— ¿Desean tomar algo más?
— ¿Nos indicará el camino?
—Sí, claro, pero yo no iré, estoy muy vieja, tengo que ir a dormir.
. Madame Artemise abrió su monedero y sacó unos billetes que puso sobre la mesa. Los ojos de la anciana brillaron; una cosa era hablar de todo el oro del mundo y la otra ver unos billetes tangibles, muy cerca de sus dedos.
—Esto le pagará la cena, las habitaciones y el que nos acompañe, por lo menos hasta donde pueda llegar el coche. El resto lo haremos nosotros a pie. Usted podrá quedarse tranquila en el automóvil hasta que hayamos visto las ruinas.
El tacto de sus dedos sobre los billetes hizo ceder a la anciana.
—Bueno, verán, es que me hace falta algo de dinero para enviárselo a mi hijo a la cárcel.
— ¿No estaba en Marsella? —inquirió Marguerite con su voz casi infantil.
—Sí, estaba en Marsella, pero lo metieron en un lío de tráfico de drogas, él era inocente. En fin, les acompañaré, claro que sí. Voy a ponerme un poco de ropa. A mi edad, el frío cala hasta los huesos.
La vieja del mesón se sentó junto a Jean y éste condujo el coche lentamente, pues se introducían por un camino sin asfaltar donde crecían altas hierbas, propias de tierras húmedas, hierbas que eran aplastadas por las ruedas del potente vehículo.
—Siga, siga.
Jean puso las luces largas para ver al máximo; los potentes faros halógenos iluminaban el sendero.
—Es mejor no seguir adelante. Hay demasiado barro y si las ruedas se meten en él, no saldremos —advirtió Jean, deteniendo el coche.
Puso la marcha atrás y retrocedió un poco, haciendo patinar algo las ruedas.
—Está bien, seguiremos a pie —dijo madame Artemise.
— ¿Yo también tengo que ir? —preguntó Marguerite con su voz aniñada.
—Tú vienes con nosotros, Marguerite —Se ordenó más que dijo madame Artemise.
—Yo no puedo caminar por el barro... —advirtió la vieja del mesón, encogiéndose un poco sobre sí misma pese a que dentro del coche no hacía frío.
— ¿Está muy lejos? —preguntó Jean.
—No mucho, unos pocos minutos, lo verán en seguida. Primero hay una barrera de árboles grandes, muy viejos, y luego están las ruinas, pero insisto en que sería mejor verlas mañana.
A Jean no le hizo ninguna gracia salir al exterior. Con la humedad reinante, el frío se hacía sentir más.

A través de la luz de los faros y linternas veían la neblina que se alzaba del propio suelo, dando un ambiente irreal, nada tranquilizador.
— ¿Vamos a estar mucho rato? —preguntó Jean a madame Artemise.
— ¿Por qué, tienes miedo?
—Lo digo por las laces del coche. Si permanecen encendidas, a la vuelta nos podemos encontrar con que la batería esté descargada.
—Por menos luz.
—Bien.
Jean volvió a meter el cuerpo en el coche y apagó los faros. Dejó encendidas las luces de posición y mirando a la vieja de la posada, dijo:
—Dentro de un minuto se habrá acostumbrado a la luz de posición y verá en derredor.
Marguerite caminaba detrás de ella, evidentemente molesta, no le gustaba aquella salida. Jean cerró la marcha.
—Ahí están los árboles —señaló madame Artemise enfocando su linterna hada la arboleda. Notó, con alivio, que el suelo era menos fangoso, más firme.
La barrera arbórea no era densa, dos, tres o cuatro árboles según los puntos. Parecía, más bien un cortavientos natural.
—Ahí delante -indicó Jean—, apenas queda nada.
Se acercaron más. Había cascotes y restos de base. En algunos puntos se levantaban paredes maestras.
—Esto es muy feo —opinó Marguerite.
—No queda rada interesante —gruñó Jean, pensando que habían sido demasiadas horas de conducción del coche para llegar a un lugar tan deprimente como aquél.
Madame Artemise, que no parecía dispuesta a marcharse sin encontrar lo que buscaba, rodeó las ruinas que eran más grandes de lo que parecía en un principio.
Se detuvo frente a una escalera de piedra. Abajo quedaba una especie de patio hundido o pequeño foso semicircular. Las hierbas, el muérdago, la hiedra, todo crecía allí exuberante, como si el alimento no faltara.
El ambiente era húmedo, olía de una forma algo especial que le hizo decir a Marguerite:
—Esto debía ser el pequeño cementerio de los Chamevillard.
— ¿Entre tanta ruina sólo se va a conservar el cementerio? —se asombró Jean.
—Los cementerios de las edificaciones ruinosas suelen conservarse, entre otras cosas porque la gente les tiene miedo; incluso, sus grandes losas planas no suelen ser robadas para construir casas como ocurre con las piedras de otras partes de las ruinas como son dinteles, jambas, columnas.
—Comprendo, nadie quiere tener lápidas de muertos como cimientos.
—No me gusta esto —dijo Marguerite—, no me gusta.
—Vamos, dejémonos de tonterías. Hemos venido aquí por algo —dijo Artemise.

— ¿Busca una tumba, madame? —preguntó Jean.
—Sí, busco la tumba de Chamevillard.
Fueron pasando la luz de las linternas por encima de las lápidas. Algunas de las inscripciones, a causa de la erosión de la climatología, el viento y las lluvias a través de los siglos, estaban borradas.
—No hay ningún Chamevillard --dijo Marguerite.
—Es muy raro; se acostumbraba a sepultar a las personas de cierta importancia en el cementerio de la mansión o castillo si morían en él, también los familiares políticos y los descendientes de estos últimos.
—Es muy complicado.
—Eh, aquí pone «Familia Chamevillard» —exclamó Jean que se había detenido ante una pesada lápida.
— ¿Y ahora qué? —Preguntó Marguerite—. La tumba es muy fea.
—Jean, ¿puedes mover esa losa?
Jean enfocó con su linterna el canto de la losa de granito. Viendo su grosor, respondió:
—Ni lo sueñe, madame Artemise, ni lo sueñe, es demasiado pesada. Haría falta un grupo de hombres y palancas o una grúa.
— ¿Cómo lo hacían antiguamente para moverla? —preguntó Marguerite con su habitual ingenuidad.
—Varios hombres. Ese es uno de los motivos de que dure tanto tiempo sin que nadie la toque y tampoco creo que merezca la pena moverla para encontrar un ataúd con un cadáver —opinó Jean.
—Si dice «Familia Chamevillard», no creo que haya un simple ataúd — puntualizó madame Artemise.
Marguerite preguntó:
— ¿Qué hay debajo, entonces?
—Supongo que la cripta de la familia.
— ¿Una cripta? —repitió Marguerite-r-. Eso es más emocionante, ¿no? -
—Pues esta noche no vamos a poder averiguarlo. Si quiere que contrate una grúa y que venga hasta aquí —dijo Jean.
Madame Artemise había quedado pensativa frente a la pesada losa.
—Lo cierto es que el cadáver que me interesa fue ahorcado y quemado su cadáver después.
—Entonces, eso no estará aquí debajo —opinó Jean.
—La familia pudo recoger las cenizas, meterlas en una caja y encerrarlas en la cripta familiar, aunque como fue maldito y excomulgado, es posible que no se le permitiera la entrada en este recinto.
—No hay ninguna cruz en esta losa —observó Jean, después de revisarla detenidamente a la luz de su linterna.
Artemise admitió:
—Eso podría ser una señal demostrativa.
— ¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Marguerite, impaciente.
—Jean, aléjate de aquí, pero que al llamarte puedas oírnos. ¿De acuerdo?

El hombre se encogió de hombros.
—De acuerdo.
Se alejó con pasos pesados, seguro de que iban a llevar a cabo una invocación espiritista. Y si a madame Artemise le gustaba aquello, a él le importaba poco mientras no le faltaran los francos.
Por Marguerite no se preocupaba, ya ni la deseaba. La .veía como una cosa extraña, casi irreal, como si fuera una gran muñeca. Después de todo, él podía satisfacer sus apetitos sexuales con otras mujeres.
Madame Artemise sacó un frasco que contenía un líquido en apariencia oscuro por la escasez de luz, pero era sangre, sangre líquida, sin la fibrina, que hubiera podido coagularla.
—Marguerite...
-Madame, ¿por qué no nos vamos de este lugar? Tengo frío, va a llover...
-Tengo un problema para resolver. Me hubiera ganado levantar esta losa para ver si Chamevillard está ahí debajo aunque sea dentro de una caja en forma de cenizas, pero no puede ser, sería demasiado complicado.
—Si no puede abrirla...
—Marguerite, dame tu mano.
—No, por favor, aquí no, por favor, aquí no —suplicó la joven rubia, intuyendo lo que iba a suceder.
—Dame la mano, Marguerite, dame tu mano. Has de obedecerme.
La muchacha quiso resistirse pero no pudo. Entregó su mano a madame Artemise y ésta la cogió con su zurda como transmitiéndole una especial energía al tiempo que enfocaba sus ojos con la linterna y exigía:
—Mírame, Marguerite, mírame a los ojos.
—Madame, se lo suplico.
—Mírame a los ojos —exigió, brillando sus pupilas por la luz de la linterna que se reflejaba en ellas.
—Le obedezco, madame, le obedezco.
—Marguerite, te sientes tranquila conmigo, relájate. Nada malo va a ocurrirte, confía en mí. Confía en mí y hallarás la paz. Yo te doy la tranquilidad y el placer, alejo de ti el dolor.
—Sí, madame.
—Puedes ya cerrar tus hermosos ojos, Marguerite.
—Sí, madame.
La muchacha cerró los párpados y Artemise siguió hablándole en tono bajo, como si salmodiara.
—No sientes frío, hace calor en torno a ti. Estás en una playa de los mares del Sur. Hace calor, no tienes frío, nada de frío. Desnúdate, desnúdate.
Marguerite se fue despojando de sus ropas que cayeron al suelo, así hasta que su desnudez fue completa en una noche en la que los rayos de la luna apenas lograban traspasar la densa nubosidad que amenazaba tormenta.
—Hace calor, no tengo frío, no tengo frío.
—Tiéndete sobre la losa, Marguerite, tiéndete sobre la losa.

La joven obedeció, tendiéndose boca arriba.
Madame Artemise no se estuvo quieta, sabía lo que deseaba y lo que debía hacer, Ella podía ser una médium, pero en aquella ocasión no deseaba serio. En situaciones semejantes utilizaba a Marguerite y ella permanecía con sus cinco sentidos listos para observar todos y cada uno de los acontecimientos que pudieran producirse.
Más que como una practicante espiritista, en aquellos momentos actuaba corno una bruja.
Quitó un tapón a la botella que contentó la sangre. Había un segundo tapón con un orificio por el que comenzó a verter la sangre sobre la losa de granito en torno al cuerpo de Marguerite, marcando su silueta desnuda.
—Con esta sangre de pureza virginal yo te cerco, Marguerite, y te ordeno que con el ardor del celo femenino llames a Chamevillard.
—Chamevillard, Chamevillard, te aguardo en este lecho... Chamevillard, te aguardo en este lecho... —repetía Marguerite coa voz ligeramente ronca.
Madame Artemise alzó sus manos, inclinando las palmas hacia abajo, y gritó:
— ¡Yo te invoco, rey de las tinieblas! ¡A ti, Satanás; a ti, Lucifer; a ti, Astarot...! —Fue llamando a todos los demonios para proseguir diciendo—: Os invoco para que me ayudéis. Soltad las cadenas de Chamevillard, soltadlas para que suba a la Tierra. Quiero verle, quiero hablar con él.
De súbito, en el firmamento coincidieron tres relámpagos que entrecruzaron extrañamente sus ramificaciones, produciendo una intensa luminosidad que hizo cambiar de color cuanto les rodeaba.
El cuerpo desnudo de Marguerite se vio más blanco y pese al intenso frío, no temblaba.
El trueno se produjo casi de inmediato y fue ensordecedor.
Nuevos relámpagos y truenos se sucedieron y la tierra tembló.
Madame Artemise se retiró un par de pasos y tuvo la impresión de que en aquella tumba, quizá una cripta subterránea, algo se convulsionaba. El suelo se estremecía bajo sus pies.
— ¡Madame, madame! —gritó Jean a lo lejos.
Madame Artemise hizo caso omiso de la angustiosa llamada.
Esperaba tensa, con el rostro desencajado; sin embargo, comenzaba a darse cuenta de que algo no funcionaba bien.
El espectro al que invocaba a través de la propia Marguerite se negaba a acudir y una furia desatada semejaba golpear las paredes de la cripta.
De pronto, un rayo cegador cayó justo en la tumba, sobre la mismísima Marguerite tendida sobre la losa.
La joven no pudo ni gritar y la potencia de aquel rayo debía de ser máxima. Hacía pocos segundos que había comenzado a llover, lluvia que había caído sobre el cuerpo de Marguerite, mojándolo, como también la losa y los cabellos de madame Artemise.
La mujer quedó con los ojos desmesuradamente abiertos al clavarlos en Marguerite, después de que el rayo la cegara.

Marguerite ya no era la misma, había cambiado espantosamente. Era un ser carbonizado, con el horror de la muerte reflejado en su rostro, totalmente negruzca.
Madame Artemise retrocedió un paso, aterrada.
No esperaba una reacción tan horrible de las fuerzas del Mal. La tumba había dejado de moverse y la lluvia arreciaba.
— ¡Madame, madameeeee! —seguía gritando Jean.
— ¿Por qué, por qué? —se preguntó.
No había respuesta. Chamevillard no había acudido a la invocación tal como ella esperaba y por contra había enviado la muerte sobre Marguerite, poco antes una mujer falsamente aniñada pero hermosa, muy hermosa. Sin embargo, ahora sólo era un cadáver cuya simple visión inspiraba pánico y rechazo.
Iba a alejarse corriendo, pero descubrió la ropa y los zapatos de la muchacha y se acercó para recogerlo todo. Era la forma de no dejar ningún rastro. Si hallaban allí el cadáver carbonizado de la joven, no habría forma de averiguar quién era.
Seguía lloviendo con fuerza.
Se alejó, mojándose, y entonces descubrió unos destellos de luz. Al acercarse a ellos notó que sus pies se enfangaban excesivamente y tuvo miedo, retrocediendo.
— ¡Madame, madame, sáqueme, sáqueme de aquí!
Enfocó su linterna que podía apagarse de un instante a otro a causa de la lluvia que la mojaba.
Pudo ver la cabeza y las manos de Jean/La linterna estaba en su zurda y sólo destellaba de vez en cuando, como si funcionara mal. Se hundía en la ciénaga, aquél era un lugar maldito.
—Estúpido.
— ¡Madame, madame, se lo suplico, sáqueme de aquí!
Veía la cabeza hundirse, el fango viscoso y pútrido ya llegaba a su mandíbula. El terror estaba impreso en los ojos de aquel hombre fuerte y de personalidad egoísta.
— ¿Por qué te has metido en la ciénaga, estúpido?
— ¡Madame, no quiero morir, no quiero morir...! —sollozó, ya sin fuerzas para revolverse.
—Que Satanás te acoja en su seno.
Como si alguien le estirara de los pies en aquellos instantes, cabeza y manos se hundieron bruscamente en la ciénaga.
Madame Artemise buscó el camino con su linterna, no era fácil orientarse. Halló los árboles y cruzó entre ellos en medio de la lluvia.
A lo lejos divisó las luces de posición del coche y se dirigió hacia él, hundiéndose un par de veces en bolsas fangosas, lo que la hizo temblar y jadear de miedo.
Cuando consiguió llegar al auto, respiró hondo. Abrió la portezuela y se sentó

ante el volante; estaba empapada.
—Ahora vendrán —mintió.
La vieja del mesón no respondía. Madame Artemisa se volvió hacia ella y la vio con los ojos abiertos pero vidriosos. La tocó y la cabeza cayó contra el cristal.
Era como si hubiese muerto de espanto, víctima de una visión horrorosa.
Pasó la mano por encima del cuerpo de la vieja. Logró abrir la portezuela y empujó el cadáver, sacándola del vehículo. Tuvo que empujar los pies afuera para poder cerrar la puerta.
Vio como la lluvia caía sobre el cadáver. Dio a la llave del contacto y el coche se puso en marcha, comenzando a retroceder bajo la lluvia. Forzó una maniobra para dar la vuelta con los faros encendidos, una rueda de tracción se hundió en una bolsa de fango y comenzó a patinar.
La mujer, muy nerviosa, chorreando agua, pisaba el acelerador. La otra rueda cogió unos hierbajos y el coche efectuó un giro bruscamente.
Salió del barrizal y se lanzó con excesiva velocidad de regreso al pequeño pueblo en el que no habría de quedarse.

# CAPITULO IX

La psicóloga Corinne Doré entró en la cafetería. En la calle había comenzado a caer agua-nieve y no parecía que fuera a cuajar.
Había un ambiente húmedo en la cafetería donde se refugiaban un buen número de personas, escapando del frío y el agua-nieve de la calle.
Olía a café y se servían bebidas calientes y alcohólicas, nadie pedía refrescos.
Descubrió al inspector Marcel Argent en una mesa de un rincón y fue directa hacia él. Estaba embebido leyendo un periódico.
— ¿Puedo sentarme?
—Ah, hola. ¿Qué quiere tomar?
—Un café.
Bastó una indicación con la mano para que el camarero les atendiera.
— ¿Interesantes las noticias?
—Estaba leyendo los sucesos, supongo que no pensará mal de mí.
—Oh, no tema, no pensaré que es un sádico que se complace enterándose de las noticias trágicas.
—Es muy normal que así suceda, ¿verdad?
—Sí, es normal. Hay mucha gente que disfruta leyendo las noticias de los sucesos, aunque su rostro quiera aparentar que le duelen. De lo contrario, no las buscarían.
—Estaba leyendo una noticia en la que pienso interesarme más a fondo.
— ¿Desde el punto de vista policial?
—Pues, sí. Leer noticias de sucesos es una deformación profesional, la forma de saber lo que en realidad llega a la opinión, pública acerca de los sucesos. Por supuesto, desde dentro de las comisarías conocemos muchos más asuntos y detalles de cada caso.
— ¿Y son muchas las ocasiones en que las noticias dadas en la prensa no coinciden con las oficiales que ustedes tienen en el comisariado?
—He de confesar que no son pocas,
El camarero sirvió el café y preguntó si deseaban tomar algo más. Ella pidió un poco de leche y un suizo.
—Estaba leyendo la noticia de que una anciana fue hallada muerta camino de unas ruinas abandonadas. Al parecer, la mujer murió de espanto en una noche de tormenta; fue encontrada por un vecino del lugar.
— ¿Y eso es importante?
—Espere, espere. Los gendarmes pensaron que era muy raro que hubiera muerto del susto allí, tan sola, y se averiguó que en el mesón que ella poseía y regentaba en solitario había recibido la visita de tres personas la noche de su muerte.
— ¿Han desaparecido las tres personas?
—Los gendarmes siguieron el camino hasta las ruinas. No había huellas, puesto que había llovido torrencialmente y aquélla es una zona pantanosa, un lugar horrible —siguió explicando Marcel Argent—. Encontraron el pequeño

cementerio de las ruinas y sobre la losa de una de las tumbas estaba el cuerpo carbonizado de una muchacha.
— ¿Una muchacha carbonizada? —repitió Corinne en tono de pregunta, deteniendo la taza de calé ante sus labios.
—Sí, carbonizada por un rayo y lo más curioso es que estaba desnuda.
— ¿No había ropas?
—No, no había ropas en tomo a ella. Es como si hubieran estado llevando a cabo un ritual satánico.
— ¿Sacrificada?
Marcel se encogió de hombros.
—Parece que murió a causa de un rayo que la carbonizó. Llovía, estaba mojada. Lo malo es que no se sabe quién es la muchacha, va a ser una labor difícil de identificación.
— ¿Y las otras personas?
--No han aparecido, se las busca. Nadie en el pueblo conoce la matrícula del coche que llevaban, sólo saben que era oscuro. La noche era fría y cerrada, una noche que luego fue tormentosa.
— ¿Y cómo saben que fueron tres personas?
—Por los platos y cubiertos utilizados en el mesón de la anciana que ha aparecido muerta.
—Comprendo.
—Hay todavía un dato importante, el más importante para nosotros.
— ¿Ah, sí, cuál?
—La tumba sobre la que murió la muchacha carbonizada pertenecía a la familia Chamevillard.
— ¡No! —exclamó Corinne, tan sorprendida que casi había perdido el habla.
—Yo viajaré a ese lugar. Me interesa mucho lo ocurrido sabiendo que la tumba era la de Chamevillard.
— ¿Quiere decir que los dos casos se interrelacionaban?
— ¿No le parece raro que una muchacha aparezca muerta sobre la tumba del espectro que madame Formel dice que asesinó a su esposo?
—Sí, es muy extraño.
— ¿Madame Formel no ha salido de la clínica Psisanté?
—Seguro que no.
— ¿Podrá decirle al doctor Clovis que la vigilancia sobre madame Formel sea más severa?
—Sí, claro que sí.
—Por ahí anda un loco suelto, puede que se trate de un maníaco sexual. Es evidente que es muy peligroso, le encontraremos.
— ¿Puedo acompañarle hasta la tumba de Chamevillard?
—Después de lo que le he contado, ¿también piensa que el crimen de Gerard Formel tiene que ver con estas muertes?
—Podría ser.
— ¿Qué dirá el doctor Clovis?

—De momento, haría el viaje de forma privada; después, según lo que vea y las conclusiones que saque del suceso, se lo diré al doctor Clovis.
— ¿Se tutean?
— ¿Quién?
— ¿El doctor Clovis y usted?
—Somos colegas, aunque de doctorados distintos.
— ¿Puedo tutearte?
—Claro.
—Aunque me aparte un poco del tema de Chamevillard y' la paciente violada, a veces me pregunto cómo resultaría el matrimonio de un hombre racional como yo con una psicóloga.
Ella se lo quedó mirando perpleja; era evidente que no había esperado aquella pregunta y se echó a reír.
—Pues, una psicóloga es una mujer normal.
— ¿Tú crees?
—Naturalmente.
—Yo rio lo veo tan normal; la psicóloga estaría siempre psicoanalizando a su marido.
—Y si el marido fuera policía estaría vigilando siempre a su esposa. No creo que haya que contar con esas cosas, me parece muy infantil; además, no pienso casarme con un policía.
—Ni yo con una psicóloga —se sonrió él.
—Pues, decidido, no nos casamos —replicó ella, siguiendo la broma.
—Bueno, pero ello no es óbice para ligarnos.
—Caramba, inspector, vas muy deprisa.
—Y el psiquiatra, ¿también va aprisa?
—Está casado ya.
—Lo que no quiere decir que no desee ligar.
—Eso es cierto, pero él es un hombre muy honorable.
—Lo que no es obstáculo para que demuestre mucho interés por la colega.
—Interés profesional, sí.
—Yo demostraría un interés especial.
— ¿Aunque estuvieras casado?
—Si digo que sí, ¿vas a clasificarme como psicópata sexual?
—No, tendría que clasificarte como homo vulgaris.
— ¿Sostienes entonces la teoría de que somos polígamos?
—Si.
— ¿Debo sentirme ofendido?
—No, no creo, para la inmensa mayoría de los hombres es algo connatural, A pesar de tener la exclusiva de una mujer, deseáis a otras que os atraigan por su belleza, por su simpatía, por su inteligencia o porque sea la mujer de alguien al que deseáis someter o superar.
—Siguiendo esas premisas, las mujeres no deberíais molestaros si el hombre nos es infiel.

—El hombre tiene sus instintos, pero cuando los domina y los somete a unas reglas sociales, es más civilizado.
— ¿Insinúas que los que le hacen el salto a sus esposas son más primitivos?
—Aunque sea mentalmente, sí, pero en estos asuntos no hay blanco y negro, cada caso es un problema, no se puede generalizar en exceso. También es cierto que las mujeres podemos desear a un hombre distinto al que tenemos en exclusiva por reglas sociales.
—Comprendo, pero ¿tú opinas que la fidelidad es la norma?
—Aunque parezca una tontería, también depende del estrato social en que se vive.
— ¿Unos estratos sociales son más infieles con sus parejas que otros?
—Exactamente.
— ¿Y cuál crees que es el estrato social más infiel a su pareja?
—En tanto por ciento y sin generalizar en exceso, los ejecutivos de la clase media alta, dejando a un lado los artistas del mundo del cine, el teatro, la pintura y las letras. A estos personajes, aun siendo muy conocidos, les importa poco que se les señale como infieles a sus parejas, sean hombres o mujeres; en cambio, la ciase alta dentro de la política, la nobleza o las altas finanzas, no desean que se les señale aunque, por supuesto, estos asuntos los llevan con cuidado. En cambio, los ejecutivos de la clase media alta sólo son conocidos en sus círculos operacionales y de relación social y gozan de una gran libertad, ya que el mundo del periodismo los ignora.
—Supongo que podríamos extendernos mucho en este tema, pero ¿qué te parece si preparamos el viaje hasta la tumba de Chamevillard?

# CAPITULO X

La habitación en que se hallaba recluida Vivie Formel parecía muy normal, decorada con sencillez pero muy confortable.

La cama era sólida y no era fácil que pudiera utilizarse para atacar.

Las paredes se hallaban ligeramente acolchadas, pero con gusto, de tal manera .que no daba la impresión de que fuera una habitación preparada para mantener aislado a un enfermo mental. Sin embargo, no había cantos agudos por parte alguna ni nada que .pudiera servir para golpear o auto-lastimarse.

No había espejo y sí una pequeña mesita sujeta sólidamente a la pared, lo mismo que el asiente de madera a la propia mesita. Allí había papel para dibujar o escribir y un rotulador de mango blando que no podía ser utilizado como arma punzante.

El doctor Clovis entró acompañado de una enfermera y .m hombre de cabello cano que llevaba un bastón negro con empuñadura de plata.

—Madame Formel...

Vivie se volvió. Mostraba visibles ojeras y no se veía tan hermosa como era normal en ella, ya que ningún maquillaje ni arreglo aliviaba su expresión atormentada.

— ¡Tío Michel!

—Veo que no me has olvidado, Vivie —sonrió el hombre, así un anciano, acercándose a ella.

El doctor Clovis les miró a ambos y se mostró complacido de cómo se iniciaba aquel encuentro.

—Tío Michel, no sabía que fueras a venir.

--Pues, ya ves. Me han dicho en qué situación estabas y he acudido en seguida.

—No me mientas, tío, te ha pedido el juez que vinieras. Creen que estoy loca y no lo estoy.

—Claro que no, hija, es decir, Sobrina —se acercó a ella y la besó en arabas mejillas—. Tú me contarás.

Vivie lanzó una mirada hacia el psiquiatra. Este inclinó ligeramente la cabeza y dijo:'

—Si me necesitan, llámenme por el timbre.

No le respondieron; aguardaron a que se alejara y la visita y la paciente quedaron a solas.

—Siéntate, tío Michel, siéntate.

El hombre del bastón observó en derredor; no había más asiento que la banqueta unida a la mesita’.

—Es igual, seguiré en pie.

—Siéntate sobre la cama, tío Michel.

—Bueno —aceptó él.

Ella se mostró muy abierta, casi con actitud filial.

— Tío Michel, ¿te han contado todo lo que me ha ocurrido?
—Sí, estaba fuera de Francia. Me han explicado la muerte del pobre Gerard.
—Yo no fui.
—Lo sé, Vivie, lo sé, y el juez con el que he hablado, también lo sabe.
—Ni soy cómplice; yo no quería la muerte de Gerard. —El juez tampoco lo cree. Lo que sí me ha dicho es que la muerte violenta de Gerard te provocó un shock mental digamos un poco fuerte y necesitas reposo.
—Yo no quiero estar encerrada aquí, tío Michel.
—Ni yo que mi sobrina preferida esté recluida en una clínica mental por muy privada que ésta sea.
— ¿Me sacarás de aquí?
—No hay ninguna acusación en tu contra; además, el doctor Clovis ha informado favorablemente sobre ti.
— ¿De veras? ¿Y qué va a suceder ahora?'
—Nada importante. Podrás salir de aquí digamos que bajo mi tutela hasta que te recuperes del todo, pero deberás pasar unas cuantas horas cada día en la clínica, será como si fueras a la universidad.
—Eso no me parece mal. ¿Y cuándo podré salir? Aquí me siento como prisionera.
—Lo comprendo, pero ante todo, ¿cómo te encuentras? Lo más importante ahora es tu salud.
—Claro que sí, tío, haré lo que me digas, pero quiero salir de aquí. Yo no he hecho nada, te lo juro
—Lo sé, hija, lo sé. El propio doctor Clovis me ha explicado que debiste sufrir vina impresión tan grande que no recuerdas bien lo ocurrido, creo que eso es lo que le ha dicho al juez. Es un caso de amnesia o algo parecido a la amnesia, porque tú transformas la realidad que no te gusta en una especie de fantasía diabólica.
Vivie se había concienciado de que si insistía en decir que el asesino había sido el espectro, no la dejarían salir de la clínica y prefirió callar.
Dos horas más tarde, tras una revisión rutinaria, Monsieur Michel Burat se llevó a su sobrina a bordo de su automóvil.
—Iremos a mi casa, Vivie.
—Lo que tú digas, tío, pero antes necesitaría pasar por mi apartamento para recoger algunas cosas.
—De acuerdo, te llevaré.
—Tío, ¿y para disponer de mi dinero?
— ¿Para qué te hace falta el dinero, si vas a estar en mi casa?
—No puedo estar sin dinero, tío, y me refiero al dinero que tenía en el Banco.
—El juez te ha puesto bajo mi tutoría y tu cuenta ha quedado bloqueada hasta que haya un fallo del juez respecto a la herencia, pero todo va a quedar para ti, será cuestión de unas semanas. ¿No tienes dinero en metálico?
—No. Gerard decía que era mejor tener dinero en el Banco, así no nos podían robar.

—Bueno, si te hace falta dinero yo te lo daré.
—Gracias, tío. En cuanto reciba la herencia te lo devolveré.
—Bueno, bueno, no hay prisa.
Ya dentro de su apartamento, Vivie preparó dos maletas para llevarse cosas de allí, entre ellas varios vestidos y pantalones.
— ¿Quieres decir que te hace falta tanta ropa? —Preguntó tío Michel—. Podrás venir a buscar aquí lo que desees, nadie te va a impedir que vengas y tú tendrás las llaves aunque vivirás en mi casa. Si no fuera así, el juez te enviaría de nuevo a la clínica hasta que te encuentres mejor Lo comprendes, ¿verdad?
—Claro que sí, tío —volvió a besarle en ambas mejillas—. Tú no vas a dejar que encierren a tu sobrina, ¿verdad?
—Por descontado que no, por ello te he ido a sacar de la clínica.
Vivie, que parecía completamente repuesta, envolvió a su tío con demostraciones de cariño y así arribaron a la residencia de éste.
Allí, una criada baja, casi cuadrada, le mostró la habitación que ya se (e había preparado.
—Toma, Vivie, cinco mil francos en billetes distintos. Si necesitas más dinero, me lo dices —le dijo en su despacho, después de abrir una pequeña caja de caudales empotrada en la pared, justo detrás del mueble-bar que se abría por el centro, separándose las botellas a derecha e izquierda.
—Tienes mucho dinero ahí, tío Michel.
—Bueno, en ocasiones me hace falta tenerlo a mano, cosas de negocios. Hay ciertos pagos que es mejor hacerlos en efectivo, así luego no constan en parte alguna.
—Ya te he dicho que Gerard prefería no tener dinero en casa.
—Yo, con esta caja de caudales, no tengo miedo de que me roben, es muy segura.
— ¿Tiene sistema de alarma incorporado?
—Sí. Bueno, ahora hay que cenar y luego, a dormir.
— Lo que tú digas, tío Michel, ahora soy como tu hija. Por cierto, ¿y Paul?
-—Mi hijo está en América, en Georgia, hace fortuna allá. Cuando yo muera, él heredará todo esto y la verdad es que no le hace falta.
—Tiene dos hijos, ¿verdad?
—Sí, y creo que ya se sienten americanos y no franceses. Imagínate, Vivie, americanos, comedores de maíz cocido, hamburguesas y perros calientes. Los pobres no saben lo que es bueno.
Vivie pudo comprobar que tío Michael, pese a su edad, era un gourmet exigente y aquella criada baja y cuadrada que cuidaba de la casa resultaba una cocinera excelente.
—La cena ha sido exquisita, yo no sabría hacerla igual —dijo Vivie, mitad sincera, mitad con deseos de congraciarse con aquella mujer cuarentona, de cara de perro y manos duras, una mujer a la que sin duda no atemorizaba el trabajo.

—Verás cómo estarás bien aquí, Vivie.
— ¿Me darás una llave para entrar y salir de la casa, tío Michael?
— ¿Una llave?
—Sí, tengo que ir a la clínica y también a pasear, a hacer algunas compras.
—No será necesario. Llama siempre a la puerta y te abrirá Goretti. ¿No es así, Goretti?
—Lo que Monsieur me pida.
—Yo diría que nunca duerme. Es la empleada más fiel que he tenido jamás. Todo lo que le pague es poco por el cuidado que pone en mi casa. Paso semanas y semanas fuera y ella está aquí, procurando que todo esté en su punto como a mí me gusta. Cuando regreso, es corno si hubiera faltado tan sólo unos minutos.
—Seremos amigas, ¿verdad, Goretti?
—Lo que madame ordene.
—Mujer, no te lo tomes como una orden —se burló Michel Rurat.
Cuando estuvo a solas en su dormitorio, Vivie buscó en un libro. En la cartulina de puntos tenia anotado un número de teléfono. Salió con él hasta la salita y tras observar furtivamente que nadie podía oírla, lo marcó.
Le pareció que tardaban una eternidad en responder. Al fin, oyó el descolgar del aparato al otro lado del hilo.
— ¿Madame Artemise?
—Sí. ¿Quién llama?
—Madame Formel. ¿Se acuerda de mí?
Hubo unos instantes de silencio. Al fin, madame Artemise preguntó:
— ¿Desde dónde llamas?
—Desde la casa de mi tío Michel donde estoy recogida.
— ¿No estás en la clínica?
—Sólo tendré que ir durante el día. Madame Artemise, madame Artemise —su voz se hizo suplicante—, tengo que verla, tengo que verla.
—Despacio, despacio, tranquilízate —le pidió.
—Deseo verla, madame Artemise, tengo que verla.
—Y yo a ti, Vivie, y yo a ti.
— ¿Qué ha podido averiguar sobre Chamevillard?
—Es un ser terrible, Vivie, muy terrible.
— ¿Podrá conjurarlo?
—Primero hay que invocarlo y conocerlo mejor; luego, conjuraremos su poder.
— ¿Cuándo?
—Vivie, he gastado mucho dinero para, para... Bueno, ya te lo contaré.
—Cuéntemelo, Cuéntemelo -—pidió.
—No, ahora estás muy excitada. Te decía que he gastado mucho dinero, más del que esperaba. No, no es que no pueda hacer nada gratis por ti, sí puedo hacerlo, pero, pero, hace falta dinero.
—Les di cincuenta mil francos y he tenido muchos problemas por ese pago.

—Tendrás que traerme cien mil francos.
— ¿Cien mil francos? —repitió, con voz ahogada por la sorpresa.
—Sí, como la otra vez, en billetes.
—Eso es mucho dinero, demasiado, y yo no dispongo de él ahora.
—Si quieres librarte del espectro de Chamevillard, deberás traerme ese dinero. Yo puedo ayudarte, Vivie, sólo yo.
La joven insistió, angustiada.
—Búscalo, tú puedes conseguirlo, búscalo y yo te ayudaré. Sólo yo puedo librarte del espectro, ningún médico, ningún psiquiatra. Tú no estás loca, Vivie, no estás loca como ellos creen. Yo te libraré de Chamevillard porque, no lo olvides, él volverá a buscarte. Él te considera suya, totalmente suya y te encontrará donde estés. No hay tiempo ni distancias para él, no existe lugar en la Tierra donde puedas esconderte. No sé cómo ni por qué, pero se fijó en ti. Te ha tomado y no te soltará y Chamevillard es capaz de lo peor.
Vivie sintió de nuevo el miedo, la debilidad y la desesperación dentro de su cuerpo.
Necesitaba cien mil francos para liberarse del bestial espectro que la poseía y que era capaz de matar. Cien mil francos de los que no podía disponer porque la habían calificado como enferma mental.

# CAPITULO XI

El joven inspector de la policía judicial Marcel Argent, conducía rápido pero con seguridad.
Corinne Doré, la atractiva psicóloga, de cuando en cuando lo observaba de reojo. Le parecía bien aquel hombre, muy bien. Su mirada escrutadora, profesional, lo había valorado desde LOS pies a la cabeza.
Le gustaban sus piernas fuertes y largas, le atraía su cadera justa, algo estrecha, de cintura delgada y luego la amplia caja torácica.
Sus manos eran fuertes, de dedos más bien largos, dedos que parecían cuidados y, sin embargo, no se les prestaba atención de manicura.
El cuello era medio, ni corto ni excesivamente alto y la cabeza, de mandíbula ligeramente prominente. Nariz media, grandes ojos claros y cabello rubio oscuro.
Todo él inspiraba confianza; no parecía el hombre que se dejara arrastrar por sus instintos sino que sabía controlarlos.
— ¿Ya me has calibrado?
— ¿Qué?
—Vamos, no te hagas la sueca.
Ella sonrió.
—Me he especializado en la psicología femenina...
— ¿Es una evasiva?
—Si he de serte sincera, me pareces un hombre atractivo, inteligente, interesante. ¿Te quedas contento?
— ¡Diablos! —Tomó una curva con fuerte velocidad—. No es fácil oír semejantes halagos en boca de una mujer y menos de una profesional de la psicología.
—Se habla mucho de la vanidad de las mujeres, pero los hombres nos dejáis chiquitas.
—Creo. Corinne, que tú y yo debemos mantener largas charlas.
--¿Ah, sí?
—Sí, pero en lugares más adecuados.
— ¿Cómo tu cama, por ejemplo?
—Pues ése es un lugar que relaja mucho.
— ¿Lo dices por propia experiencia?
—Sí, y una vez relajados, la confianza es mayor. Ya no hay inhibiciones y la comunicación es más perfecta.
— ¡Vaya!
— ¿No te gusta?
—Es una forma nueva de decirle a una mujer que se acueste con uno y me refiero a ti.
— ¿Y podría saber si he tenido suerte?
—Mira, ya llegamos —indicó Corinne señalando el conjunto de casas que podían verse desde la pésima carretera, evadiendo así dar una respuesta.

Encontraron al comandante de la prefectura de policía. Era un hombre recio, de estatura mediana que parecía contento de su ancho y espeso bigote que llevaba bien recortado y peinado.
—Bien venido, inspector Argent. Le esperaba después de recibir su llamada desde París.
—Le presento a la doctora Doré.
—Celebro conocerla. ¿Está interesada en el caso?
—Sí, mucho. En realidad, tengo conexión con el caso que el inspector lleva entre manos.
Otros dos gendarmes aguardaron a pocos pasos; sus ojos se clavaron en la hermosa doctora.
— ¿Cómo está el caso?
—Pchs, ahora está en manos del juez. Yo, por si acaso, con mis hombres sigo buscando rastros. Hay que localizar a los que desaparecieron, lo que no resultará muy difícil.
Corinne inquirió:
— ¿Por qué cree que no resultará difícil?
—Porque estuvieron cenando en la maison du Cavalier y la anciana propietaria...
— ¿La que supuestamente murió de miedo?
—Exactamente. Ella no lavó la vajilla y allí quedaron platos, cubiertos y vasos sucios. Sabemos que se trataba de dos mujeres y un hombre por los análisis del laboratorio de las servilletas y vasos. También tenemos las huellas completas de los tres y de la anciana del mesón. No se tardará demasiado tiempo en conocer la identidad de los que estuvieron aquí la noche de la tragedia, máxime si alguno de ellos ha pasado por la cárcel y ya está fichado.
—Es evidente que trabajan bien, -con profesionalidad.
—Así es, inspector Argent. No crea que sólo son buenos policías los que están en París o Marsella.
—Si sigue así, seguro que lo trasladarán a usted a París o a Marsella donde hacen falta buenos profesionales para combatir el crimen que tanto abunda en las grandes ciudades.
—Oh, usted exagera, inspector Argent. Además —se tocó el bigote, no exento de cierta coquetería—. Hoy en día, la paz del campo se valora en mucho, claro que si la superioridad ha de disponer de mí en puestos más altos, en ciudades grandes, yo acataría las órdenes como buen gendarme que debo ser.
-— ¿Y saben exactamente de qué han muerto las víctimas? —preguntó Corinne cortando aquella situación de autohalago.
—No hay duda de que la anciana murió de un paro cardíaco, se supone que por un susto morrocotudo. Y la chica, según el médico forense, murió a causa de un rayo que la alcanzó de lleno. Llovía, estaba mojada y tendida sobre la losa de una tumba, los hay chiflados. No cabe duda de que vinieron a este cementerio abandonado a celebrar algún ritual satánico de esos que están tan en boga hoy en día. La pobre, si no llega a morir por el rayo que la carbonizó

horriblemente, habría muerto de pulmonía, desnuda en invierno, casi le podía haber nevado encima, imagino que la anciana vio lo que le pasaba a la chica y se murió del susto. Los otros dos, asustados, se llevaron a la anciana que arrojaron del coche a mitad de camino de las ruinas al pueblo. Después, huyeron.
— ¿Podemos ver la tumba en la que encontraron a la muchacha? —preguntó Corinne.
—Subamos al vehículo todoterreno —pidió el comandante de la prefectura—. El camino es muy malo.
Se acomodaron en el vehículo policial todoterreno y éste avanzó por el camino que llevaba a las ruinas que, por otra parte, no se hallaba lejos de la población. Cruzaron la muralla de árboles y descubrieron las ruinas.
--Queda muy poca cosa —opinó Corinne.
—Sí, muy poco. Este lugar fue destruido en la primera guerra mundial, machacado por la artillería alemana, pero el pequeño cementerio familiar se conserva bastante bien.
El vehículo les llevó hasta el pequeño cementerio. Una vez allí, se apearon y el comandante de los gendarmes les mostró la tumba.
—Esa es —señaló.
Marcel Argent y Corinne se acercaron y ésta observó con atención.
—Esta marca que parece una silueta humana es reciente.
—Sí, parece sangre seca —admitió el comandante.
—La sangre es utilizada en muchas ceremonias rituales satánicas —dijo Marcel Argent—. ¿Han sacado muestras para el laboratorio?
—Naturalmente. No tengo todos los informes, vaya a saber, puede ser sangre de gallina o de borrego.
—También podría ser humana —puntualizó Corinne—. Existe un comercio de sangre humana, se vende para ceremonias mágicas. Incluso he oído decir que se especifica si es de hombre, de mujer o de niño, también de muchacha virgen.
— ¿Y quién puede garantizar eso? —preguntó el comandante, irónico.
—Nadie, pero supongo que el precio será más alto.
— ¿Y debajo qué hay? —preguntó Marcel Argent.
El comandante se encogió de hombros.
—Pues, una tumba.
— ¿La tumba de la familia Chamevillard?
—Sí, eso pone la losa.
— ¿Y por qué no la levantamos?
— ¿Levantaría? ¿Se ha dado cuenta de lo que pesa? Es puro granito y tiene casi un palmo de grueso.
—Con una grúa...
—No tiene objeto hacer eso, inspector.
—Supongo que habrá algún motivo para que hayan elegido esa tumba y no otra.

—Vaya usted a saber, esa gente está loca.
—Voy a dar un vistazo por ahí —dijo Corinne.
Se apartó del grupo mientras Marcel Argent seguía hablando con el comandante de la prefectura sobre la conveniencia de abrir la fosa.
— ¿No podría haber aquí abajo algo especial?
— ¿El qué?
—No lo sé...
—Inspector, yo no creo en las brujas.
—Yo tampoco, pero ¿no es raro que aquí muriera una muchacha completamente desnuda y dentro de una marca de sangre que silueteaba su cuerpo?
—Usted sabe mejor que yo que todos esos que practican el satanismo y el culto a los muertos vivientes están chiflados, porque esa gente no se cree que los muertos estén muertos, ya me entiende, ellos piensan que pueden salir de sus tumbas y andar por ahí.
—Precisamente el caso que yo llevo entre manos es el del asesinato de un hombre que, según su esposa, fue muerto por Chamevillard.
— ¿Chamevillard? —Miró la fosa—. Los Chamevillard están aquí abajo y, que yo sepa, aquí se acabó la dinastía.
—Sí, pero la mujer insiste en que fue él.
—Estará chiflada.
—La doctora y otros psiquiatras la están tratando, pero la muerte del marido presenta circunstancias muy extrañas. El asesino entró en el apartamento y salió de él sin forzar ninguna puerta.
— ¿No habrá sido ella misma?
—No, ese punto está comprobado.
— ¿Y no mentirá para proteger al amante?
—Es una posibilidad que también estamos estudiando; no obstante, esa mujer no ha estado nunca aquí, que yo sepa.
— ¿Y no tendrá ella algo que ver con los que estuvieron en este lugar celebrando ese ritual?
—No lo sabemos.
—Pues convendría averiguarlo. Quizá todos pertenezcan a una misma secta satánica y ese Chamevillard tenga mucho que ver en ella.
— ¿Sabía que a! más conocido de los Chamevillard lo ahorcaron y después quemaron su cadáver?
—No.
—Y de eso hace cuatro siglos,
— ¿Ha buscado en los libros?
—Sí.
—Para mí, es una historia demasiado vieja.
—Para mí también, pero parece que alguien se encarga de recordarla.
— ¡Aquí, aquí! —se escuchó la voz de Corinne, gritando desde lejos.
— ¿Qué pasa? —preguntó el comandante de la gendarmería.

—Vamos, quizá ha visto algo importante —dijo Marcel Argent.
El comandante le siguió y también otro gendarme. Llegaron junto a Corinne que se hallaba al borde de una bolsa fangosa y señalaba su centro.
— ¿Qué pasa? —le preguntó Marcel Argent al llegar junto a ella mientras, iras él, resoplando, iba el comandante de la prefectura que demostraba estar demasiado grueso,
— ¡Miren ahí, miren, es un cuerpo humano!
— ¡Por San Luis, si es un cuerpo! —Se volvió hacia el gendarme—. ¡Vaya al coche y traiga un garfio, una pértiga o lo que pueda!
El agente.se alejó, corriendo.
—El asunto se complica con el hallazgo ele este nuevo cadáver —rezongó Marcel Argent.
—Es lógica la aparición del cadáver en el pantano después de tres días, si es que pertenecía -al mismo grupo, lo que no será difícil de comprobar por las huellas necrodactilares.
—Los pantanos siempre acaban escupiendo los cadáveres —sentenció Corinne,
—Sí, cuando los cuerpos comienzan a corromperse y se llenan de gases es cuando suben.
El gendarme trajo un palo con un garfio. Pese a ser corto, sirvió para enganchar el cadáver por la chaqueta mientras sostenían a Marcel Argent que fue quien se encargó de la recuperación de los restos humanos.
El cuerpo aparecía hinchado. El comandante le abrió la chaqueta y buscó la documentación.
—Magnífico, aquí está, Jean Ornellie Belcou... Si sus huellas digitales corresponden a unas de las que encontramos en el mesón, sólo faltará un personaje, una mujer, que indudablemente sería la que huyó en el automóvil.
—Ha valido la pena venir aquí --dijo Marcel Argent—. Este lugar resulta tan solitario que se podía haber tardado mucho tiempo eh descubrir el cadáver.
—Es cierto —admitió el comandante de la prefectura—, la batida ya estaba hecha. ¿Quién iba a pensar que en esta ciénaga habría un nuevo cadáver?
Corinne concretó:
—Cuatro personas estuvieron aquí, la anciana del Mesón y tres visitantes desconocidos. Han aparecido tres cadáveres y sólo taita un cuarto, parece un acertijo.
-— ¿Usted intuía que aquí podía haber un cadáver? —preguntó el comandante de la prefectura a Corinne, algo mosqueado.
—No, pero quería ver todo el entorno, quizá sí he podido intuir algo. Lo que sí le aseguro es que detrás de tantas muertes está el nombre de Chamevillard.
El comisario se volvió con actitud interrogante hacia Mareel Argent.
— ¿No dice que murió hace cuatro siglos y que fue ahorcado y quemado después?
—Sí, por brujería con las mujeres —le puntualizó el joven.

# CAPITULO XII

—Lo siento, madame —dijo el empleado de banca con cara de circunstancias--. Esta cuenta se halla bloqueada por el juzgado hasta que se resuelva el problema testamentario.
—Yo soy la heredera —puntualizó Vivie, al borde de la irritación.
¦—No lo dudo, madame, y en cuanto al juzgado resuelva, usted podrá hacer uso de este dinero.
—Ustedes lo descuentan luego.
—Imposible, madame.
— ¿No pueden darme un crédito a cuenta de esta herencia que me pertenece? Es mi dinero que está bloqueado en su Banco.
El empleado exhaló el aire por la nariz, fue como un largo suspiro de paciencia. Después, dijo:
—Un momento, madame, iré a consultar con el director.
Muy irritada, Vivie encendió un cigarrillo acodándose en el mostrador. Se sabía observada; previamente había pasado por un salón de belleza, embelleciéndose al máximo.
Al poco, el empleado regresó acompañado del director, un hombre más joven, alto, con gafas muy brillantes y aspecto de ejecutivo.
—Madame, será un placer para nosotros atenderla, pero en estos momentos debemos someternos a la imposición de la justicia. Si nos trae una orden del juez, de inmediato pondremos el dinero a su disposición. El dinero es de los clientes, no nuestro; nosotros sólo lo guardamos y le proporcionamos intereses por ello.
— ¡La cuenta está a nombre de mi marido y mío!
—Por favor, madame, no se exalte. Por informe del juez nos consta que su marido falleció y por la misma orden la cuenta se bloquea hasta recibir nuevas instrucciones.
—Cuando todo esté arreglado, les juro que me llevaré todo mi dinero de aquí, se lo juro.
—Estará en su derecho, madame Formel, pero nosotros no podemos otorgarle ahora ningún crédito sin un aval autorizado.
Vivie Formel no pudo oír las últimas palabras porque ya se alejaba pisando fuerte y muy furiosa. Le parecía que sus sienes iban a estallar. Aún libre en la calle, se sentía como atrapada.
Vivie no podía ni llevar coche; por orden del juez, su tío retenía las llaves del auto y el carnet de conducir, ya que se había convertido en total responsable de ella.
Si conduciendo sufría un accidente, la situación se complicaría mucho.
Paseó por la ciudad hasta cansarse. Se metió en un cine y salió de él sin siquiera saber lo que había visto. Oscurecía en la gran ciudad y se acordó de que no^ había almorzado; ni siquiera había telefoneado a Goretti para

advertirle de ello y tampoco .había pasado por la clínica Psisanté donde habrían de notar su ausencia. Quizá ya habrían dado la voz de alarma a su tío.
En un bar, tomó tres gimlets. Cuando ya notaba el calor de la bebida en su cuerpo, buscó un taxi que la llevó a la residencia de su tío Michel. Este la aguardaba con expresión severa.
—Vivie, no soy tu padre, sólo tu tío, pero me he hecho responsable de ti y si tú no te haces merecedora de mi confianza, tendré que devolverte a la clínica hasta que ellos determinen que puedes vivir por ti misma.
—Tío, tío, no te enfades con tu sobrinita Vivie —le pidió, pegando su cara al hombro del viejo.
— ¿Has bebido?
—Casi nada, es que no me he acordado de comer. Estoy algo mareada, me he pasado el día caminando.
—Entonces, lo mejor será que tomes un baño relajante antes de cenar.
—Tío, no han querido darme mi dinero en el Banco, no han querido y es mío, sólo mío. La cuenta está a nombre de Gerard y mío, él ha muerto y el dinero me pertenece. No es ninguna fortuna pero es mío.
—Sí, claro, es tuyo, pero ¿por qué esa obsesión por el dinero?
—Lo necesito, tío, lo necesito.
— ¿Para qué?
—He de hacer un pago.
— ¿Qué pago, puedo saberlo?
—He de pagar a alguien que puede, ayudarme.
— ¿Ayudarte, a qué?
—Tío Michel, sólo haces preguntas, muchas preguntas, pareces un policía. ¿Acaso 110 confías en mí?
—Todavía no sabe nadie qué hiciste con cincuenta mil francos que sacaste de la cuenta del Banco poco antes de que Gerard fuera asesinado.
—Tío Michel, lo dices como si me acusaras.
—Tranquilicémonos, no te estoy acusando de nada. Te di dinero ayer, ¿no es cierto?
—Sí, pero be ido al salón de belleza y a comprar algunas cosas que me hacían falta, he tomado taxis.
—La cuenta que te va a quedar no será ni mucho menos suficiente para pagar ese ritmo de vida, es algo que debes razonar. Has de reducir gastos y también buscar un empleo. Yo te ayudaré a que lo encuentres, tengo buenas amistades. Podrías ser un buen elemento en relaciones públicas. Hablas tres idiomas, ¿no es cierto?
—Sí, inglés, francés y español.
—Para una agencia de turismo servirá. E11 fin, ya arreglaré este asunto. No cabe ni pensar en que puedas vivir de lo que te ha quedado en el Banco, al ritmo que gastas no tendrías ni para un año. Deberás tener nuevos ingresos.
—Cuando deje de ir a la clínica trabajaré.
—Por cierto, de la clínica han llamado preguntando por ti.

— ¿Y qué les has dicho?
—Que no te encontrabas muy bien y que mañana irías, que seguías bajo mi responsabilidad.
—Gracias, tío Michel, nunca podré pagarte lo que estás haciendo por roí.
—Vamos, vamos, pero has de prometerme muchas cosas.
—Lo que tú quieras, tío.
—Está bien, te daré un poco más de dinero ahora.
Utilizando el resorte, abrió el mueble bar por el medio y apareció la pequeña caja de caudales, apenas dos palmos por otros dos.
La abrió y Vivie pudo ver los fajos de billetes por encima de su hombro.
—Te di cinco mil y ya has pasado por el salón de belleza. ¿Serán suficientes cinco mil más? Si compras algún vestido puedes mandar la nota aquí, yo me haré cargo de ella. No es conveniente que tengas demasiado dinero en efectivo encima, puedes ser víctima de cualquier desaprensivo.
—Tío, me hacen falta cien mil.
— ¿Cien mil, bromeas?
—No, tío, necesito den mil. Ayúdame, te firmaré lo que quieras, te lo devolveré todo y coa intereses.
—No seas niña, Vivie, no seas niña. Te daré cinco mil y si alguien quiere cobrar esa cantidad que dices, cien mil francos, que venga a verme y hablaremos.
Vivie comprendió que su tío no le- iba a prestar el dinero a cuenta de la herencia, que no había posibilidad alguna de obtener aquellos cien mil francos rápidamente.
El calor de los gimlets en su sangre nubló ligeramente su vista, parpadeó. Su tío estaba de espaldas y sobre la mesa había un pesado cenicero de plata labrada.
No se detuvo a pensar, no quiso razonar. Se dejó llevar por el instinto de la desesperación. Estaba asustada y sólo veía una forma de librarse del espectro asesino; madame Artemise la esperaba.
Tomó entre sus manos el pesado cenicero de plata y golpeó el cráneo del anciano.
Fue un golpe seco, duro, sordo y a traición. Algo semejó crujir, resquebrajarse, y el hombre se golpeó en la cara contra la repisa del mueble. Cayó, doblando las rodillas.
Vivie no se inclinó para ver cómo había quedado su tío después del funesto golpe contra su cráneo, por encima de la nuca, no quiso verle.
Cogió los fajos de billetes y con ellos entre las manos se fijó en el portafolios de su tío que estaba abierto.
Se precipitó sobre él, nerviosamente, lo volcó vaciándolo -de hojas y metió el dinero que no se preocupó de contar. Después lo cerró, muy excitada.
Se volvió hacia su tío, seguía en el suelo y por hallarse de espaldas a él no pudo ver que tenía los ojos abiertos. El cenicero de plata había quedado junto a él, sobre la mullida moqueta.

Tuvo miedo de ser sorprendida en aquel instante y salió del despacho-biblioteca. Recogió el abrigo de pieles, su bolso y procurado no hacer ruido para no despertar las sospechas de la eficiente Goretti, salió a la calle buscando a un taxi.
Madame Artemise tardó en abrir la puerta de su casa. Estaba recelosa y le costaba un gran esfuerzo que no se descubriera su nerviosismo. Se aseguró observando por la mirilla telescópica y cuando vio a Vivie Formel, abrió.
—Pasa.
—Gracias.
Llegaba jadeante. Se detuvo pegándose de espaldas a la pared.
—Has venido muy precipitadamente.
—Sí, sí. Necesito de usted, tiene que ayudarme, tiene que ayudarme. Si el espectro vuelve a ponerme las manos encima, creo que no podré soportarlo.
— ¿Recuerdas que te he pedido cien mil francos que me son necesarios?
—He traído el dinero —dijo, apenas sin voz.
—Ah, eso es diferente. Ven.
Fueron a la salita circular que Vivie Formel ya conocía bien, aquella salita con una mesa redonda en la que se le apareciera el mismísimo espectro de Chamevillard. No tenía ventanas y sí muchos cortinajes en las paredes.
Vivie puso el abultado portafolios sobre la mesa y dijo:
—Aquí esta.
—Sácalo —pidió madame Artemise que no parecía fiarse en exceso.
Vivie abrió el portafolios de par en par.- Los billetes quedarán visibles.
—Aquí hay mucho más de cien mil.
—No importa. Líbreme de Chamevillard, líbreme de él, no puedo soportar más esta horrible situación.
—Pero aquí, aquí hay casi un millón...
— ¡Madame Artemise, se lo suplico, líbreme de él!
Madame Artemise tenía una frialdad muy superior a la que pudiera tener Vivie. Ella no se había perdido por la muerte de Jean y Marguerite, aunque por esta última sentía un afecto muy especial, tanto afecto que había conseguido arrancarla de las manos de su marido.
Por un instante, cruzaron por su imaginación visiones de un país lejano donde podría refugiarse hasta que todo hubiera pasado. Estaba segura de que la policía, tarde o temprano, daría con ella por la muerte de Marguerite y la anciana del mesón.
No se la podía acusar de aquellas muertes, pero sería molestada quizá en exceso.
Si dejaba pasar algún tiempo sin que cayera ninguna acusación sobre ella, podría escapar a interrogatorios que sin duda le ocasionarían problemas.
Había hecho ya planes; con los cien mil francos más el dinero que ya poseía, podría llegar hasta el Brasil, pero la fortuna que acababa de traer- Vivie aún despejaba más el camino. Cerró el portafolios y lo guardó dentro de un pequeño bureau.

—Tranquilízate, Vivie, te ayudaré. Yo sé cómo invocar, cómo conjurar, te lo dije, Chamevillard es un espectro muy especial, totalmente corpóreo. Tiene poder, tiene fuerza. Contra lo que es usual entre los espectros que jamás tocan a los seres humanos vivos, Chamevillard sí puede.
—Sí, sí, me ataca, me viola. El asesinó a Gerard.
—No fueron los únicos.
— ¿Cómo?
—Chamevillard ha matado a más personas, es un asesino peligroso.
— ¿Cuándo me librará de él?
—Pronto, muy pronto. He de preparar algunas cosas, tú puedes refugiarte aquí en mi casa.
—El vendrá aquí.
—Yo te protegeré hasta que podamos conjurarlo. Ahora te prepararé algo, te hace falta.
Vivie no preguntó nada. Se quedó sola en la salita circular que le imponía, le parecía fúnebre. Antes de que llegara madame Artemise, le arribó un olor a hierbas.
Artemise puso una taza de barro ante ella y le pidió:
—Bebe.
— ¿Qué es?
Artemise no le respondió; sólo estaba aguardando a que la desesperada Vivie Formel se bebiera la tisana mientras en el secreter aguardaba el portafolios con un montón de billetes cercano al millón de francos.

# CAPITULO XIII

El comisario Vartan tenía el gesto sombrío. Clavó sus ojos en el joven inspector antes de decirle:

—Tenía muchas esperanzas depositadas en usted, inspector Argent.

Aquel tratamiento no presagiaba nada bueno. Marcel encendió un cigarrillo: no le apetecía, pero era una forma como otra de matar silencios, de hacer algo sin verse obligado a decir alguna estupidez de la que más tarde habría de arrepentirse,

— ¿Qué es lo que sucede, comisario?

—El juez está que echa chispas.

—Sigo sin entender.

—Pues lo entenderá muy pronto. Tome.

Le mostró un impreso ya cumplimentado y firmado por el mismísimo juez, la firma no ofrecía lugar a dudas.

—Orden de busca y captura de Vivie Burat viuda de Gerard Formel —levantó los ojos por encima del papel para mirar a su superior—. ¿Qué ha pasado, por qué esto ahora?

— ¿Sabe que había quedado bajo la custodia de un tío suyo, un hermano de su padre?

—Sí, perfectamente, con la orden de pasar diariamente por la clínica Psisanté hasta completar su curación.

—Ha asesinado a su tío.

Si acabaran de dispararle a boca de jarro con una escopeta de cañones recortados, no habría quedado tan sorprendido.

— ¿Está seguro?

—Sí, esta vez no cabe duda como pudo ocurrir con la muerte de su marido, me refiero a Monsieur Formel. Entonces, la cosa no estaba clara, pero ahora sí. Ha matado a su tío golpeándole en el cráneo, se lo ha partido con un cenicero de plata.

— ¿Hay testigos?

—No, pero ha dejado sus huellas digitales en el cenicero de plata.

—Habrá desaparecido, como es lógico.

—Sí, y por la clínica no ha pasado. Hay que encontrarla y de nada van a servir sus cuentos de espectros asesinos. Ah, antes de que se me olvide, esa mujer se ha llevado todo el dinero de la caja fuerte de su tío. No ha sido nada romántica esta vez.

— ¿Todo el dinero, cuánto?

—Por ahora sólo lo sabe ella, ya que el muerto no puede hablar.

— ¿No hay posibilidad de que estuviera acompañada de alguien?

— ¿El supuesto amante?

—Sí.

—No se sabe nada. Argent, me temo que si no da pronto con ella el juez me

va a obligar a que entregue este caso a otro inspector.
—No lo dirá en serio, este caso es mío.
—No es ninguna broma, Argent. El juez está muy molesto. Dice, y no le falta razón, que si esa mujer hubiera estado vigilada, el asesinato de Monsieur Burat no habría tenido lugar.
—Vivie Formel está perturbada.
— ¿Y se lleva todo el contenido de una caja fuerte?
—Supongo que habrá una explicación.
—De todos modos, no se puede dejar a una loca suelta por la calle.
—Bien, la encontraré y la encerraremos. Después, ya será un jurado el que dictamine si es culpable o no.
—Tiene de plazo cuarenta y ocho horas, Argent.
— ¿Cuarenta y ocho horas? Eso es muy poco para encontrar a alguien en París.
—Cuarenta y ocho horas o tendremos que dar el caso a otro inspector con más experiencia. ,
—Está bien, acepto el desafío, la encontraremos.
—Le conviene, Argent, le conviene. Sería malo empezar como inspector teniendo un fracaso.
Marcel Argent llamó a la clínica y preguntó por Corinne Doré.
—Sí, Marcel?
— ¿No ha aparecido por aquí madame Formel?
—No, no ha aparecido y estamos extrañados. Sé que de la comisaría han preguntado por ella.
—Su tío Michel ha sido asesinado y sospechamos que ella es la culpable. Tengo orden de buscarla. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?
—No. Hablaré con el doctor Clovis, pero tampoco creo que lo sepa.
—Volveré a llamarte, tengo que ir a la central. Estoy convencido de que lo ocurrido en la tumba de Chamevillard tiene mucho que ver con madame Formel, de modo que veré lo que han averiguado.
—Esperaré tus noticias.
Marcel Argent se puso en acción. Había que encontrar a la mujer que había estado en la tumba de Chamevillard y que había desaparecido dejando tras de sí tres cadáveres.
Vivie Formel tendría que ver con aquella mujer; estaba convencido de que encontrando a una daría con la otra. Debía ponerse en contacto con los agentes que escudriñaban en las vidas de los que habían muerto alrededor o encima de la tumba de Chamevillard.
—Ese Jean Ornellie Belcou ha estado ya dos veces en la cárcel —le dijeron en la prefectura central.
— ¿Causas?
—Robo y proxenetismo.
— ¿Hizo correr la sangre?
—No se le pudo probar nada, parecía haberse regenerado.

— ¿Tenía empleo?
-—Eso no está claro, parece que empleos temporales. Se había casado.
— ¿La joven muerta era su mujer?
—Sí, Margarita Landeaux, sin más antecedentes que haber pasado por un tribunal de menores.
— ¿Prostitución juvenil?
—Ajá.
— ¿Y fue a parar a manos del proxeneta?
¦—Pero, casándose con ella.
— ¿La prostituía?
El empleado del archivo electrónico se encogió de hombros.
—No tenemos constancia de ello.
— ¿Cuál es su dirección?
—Será mejor que espere a mañana, ¿no? —-le dijo, haciéndole ver que era ya noche cerrada.
—No importa, tengo prisa.
El agente de archivos anotó una dirección en un papel y se lo entregó.
Argent tomó su coche y con él se dirigió a las señas que acababan de facilitarle. Buscó un hueco para estacionarse, no era fácil hallarlo y optó por meterse en un parking.
Había varios bares abiertos y dos clubs, uno especializado en turistas ansiosos de visitar Paris la nuit. Tres autocares mal estacionados se hallaban próximos a aquel lugar.
Había bastantes pensiones y el edificio que correspondía al número que buscaba tenía el portal abierto. Era un edificio viejo, con los pisos divididos en pequeños apartamentos de alquiler. La primera planta estaba dedicada a pensión.
Encontró el apartamento de Jean Ornellie precintado, lo que indicaba que el encargado del caso había pasado ya por allí.
Mareel Argent optó por entrar en la pensión donde le recibió una mujer que no era vieja pero que posiblemente por una artrosis prematura se apoyaba en un bastón.
—Si busca habitación, yo la tengo, joven —le sonrió abiertamente—. También tengo un álbum muy interesante.
— ¿Un álbum de cromos?
—De bellezas de primera. Si no tienes chica, el álbum es bueno para escoger.
Argent le mostró su identificación como inspector de la PJ.
—Bueno, lo que le decía antes era una broma, no irá a pensar que hablaba en serio, claro que en una calle como ésta se puede dar cualquier cosa. Anda tanta zorra suelta que se te cuelan en las habitaciones con el cuento de que son estudiantes.
—Sí, claro, pero a mí me interesa el matrimonio que vivía arriba.
— ¿Matrimonio?
-—Sí, Jean y Marguerite.

—Ah, sí, ya ha venido la policía.
—Sí, mis colegas, pero hay que profundizar un poco más.
—Comprendo, pero yo no sé nada. Nunca me meto en las vidas ajenas, bastante tengo con cuidar de mi pensión.
—Si no sabe nada, veremos si este local es una pensión o un burdel.
—Oh, no, claro que no es un burdel encubierto. Hay muchos burdeles en la ciudad, a veces creo que es la ciudad con más burdeles en el mundo.
—Creí que iba a decir la ciudad con más competencia en el mundo. Cuénteme lo que sepa de ese matrimonio.
—Jean dejaba libre a su Marguerite.
— ¿La prostituía?
—No, no es eso, Jean era muy hombre. Ya sé que murió en un pantano de no recuerdo dónde y que a ella le cayó un rayo. Tenían que acabar mal, se veía venir. Jean iba con muchas mujeres, no parecía gustarle una sola.
— ¿Era un chulo o podía pagarlas?
—Las dos cosas, pero iba con cuidado porque ya había estado en la cárcel por algunos asuntos. A mí no me importa, pero las chicas hablan y no queda más remedio que oírlas.
— ¿.Las chicas, se refiere a sus borregas?
— ¿Qué dice, inspector? —preguntó escandalizada. Luego, bajo el tono para ofrecerle—: Tengo un pernod de primera, sesenta grados...
—No bebo en acto se servicio.
—Ya, es usted muy joven, aún no está hecho a esta vida.
—Hábleme de Jean y Marguerite.
—Marguerite era una engreída. En confianza le diré que tenía una amiga.
— ¿Una amiga o un amigo?
—No, no, una amiga, una de esas que pagan bien, con decirle que tenía a Jean como chófer.
— ¿Está segura?
—Claro que sí. Jean era el chófer de la amiga de su mujer los hay cabrones.
— ¿Y quién es esa mujer?
—No lo sé, por alguna parte tendrán su dirección o número de teléfono.
-¿Y usted no lo conoce? Qué raro, alguna vez habrían telefoneado desde aquí.
—Bueno, Marguerite había venido en ocasiones a contarme sus cuitas. Estaba un poco chiflada, tenía veinticinco años y se vestía como si tuviera quince, manías de la tía que la mantenía
— ¿Jean trabajaba como chófer de forma fija?
—No, sólo cuando le llamaban, pero le pagaban bien. Por lo visto, -a madame prefería a Jean que a un taxista. Yo supongo que lo llamaban también para muchas otras cosas, quién sabe en qué líos andaba metida esa madame.
Marcel hubiera deseado tener a su lado al encargado de aquella investigación para que abriera la puerta del apartamento y entre ambos encontrar el número de teléfono de la mujer que tanto incidía en la vida del singular matrimonio.
—Ahora recuerdo, ahora recuerdo...

— ¿El qué recuerda?
—Verá, inspector, a mí me gusta ayudar a la policía porque soy una buena ciudadana francesa, una fiel servidora de la República, pero a cambio la policía me ayuda a mí.
—Siga, siga, ahórrese el discurso.
—Voy a buscar en mi bloc, no sé dónde tengo la cabeza.
Mareel aguardó en aquella especie de vestíbulo conserjería. Una puerta se abrió al fondo del corredor y asomó la cabeza de una joven de cabellos muy largos y negros. Tenía los ojos grandes y le sonrió al verle.
— ¿Estás solo? —preguntó ella.
—Con mi sombra.
Ella se mordió el labio inferior intencionadamente, era una clara provocación sensual.
—Inspector...
Al oír aquella interpelación en boca de la dueña de la pensión, la cabeza femenina de cabellos negros y larguísimos desapareció rápidamente tras la puerta.
—Aquí le traigo el teléfono de la madame, se llama Arte-mise. Como verá, ayudo a la justicia. Seguro que esa fulana ha tenido que ver con la muerte de los dos, pero, en confianza, no se ha perdido nada con la muerte de semejante pareja...

# CAPITULO XIV

Vivie lo vio avanzar hacia ella. Era terrible y aquel olor, insoportable y repugnante, le producía náuseas.
Rehuía mirarlo, no soportaba la visión de aquel muerto viviente, un ser corrupto que alargaba sus esqueléticas manos hacia ella.
—No, no, se lo suplico, déjeme, déjeme...
No tenía fuerzas para huir, era como si sus pies estuvieran clavados en el suelo.
Las manos del espectro asesino se posaron en ella, se hincaron en sus carnes. Arañaba su piel hasta hacerla sangrar mientras la elevaba en el aire cargando con su cuerpo como si aquellos brazos medio descarnados albergaran la fuerza de cien hombres.
— ¡Noooo! —sollozaba, incapaz de escapar de aquellos garfios que eran las manos del espectro asesino que se la llevó por el interior de una siniestra gruta que parecía iluminada por una fosforescencia que brotaba de las mismísimas paredes.
Vivie, más horrorizada por hallarse entre las garras de aquel ser de ultratumba que por el dolor que le causaba la presión de sus dedos hirientes, vio que llegaban a una sala no demasiado grande. Era una cripta.
Había féretros de piedra tallada colocados en huecos construidos al efecto en las paredes también graníticas.
La humedad, incluso un barrillo pútrido, se filtraba entre las rendijas de las piedras. En el centro de la cripta había cono una tumba principal cubierta por una pesada losa.
El espectro la depositó sobre ella, como si aquello fuera un altar para el sacrificio. Alzó sus manos y lanzó una especie de grito invocación; era como el aullido grave de una fiera.
Se escucharon unos ruidos penetrantes, unos ruidos que perforaban los oídos como punzones ardientes. Eran las tapas de los féretros de piedra que se alzaban.
Desde la losa en la que yacía tendida, incapaz de escapar ' de ella, como si la hubieran sujetado con abrazaderas de acero, vio salir a otros seres de ultratumba que la rodearon.
Era toda la familia de Chamevillard, quizá sus prosélitos, y el pavor la clavó a la piedra. Un montón de manos descarnadas se tendieron hacia su cuerpo.
— ¡No, noooo! —La voz se rompía en su garganta.
Al fin, notó las manos sobre su cuerpo y de su garganta, incontenible, brotó el grito de horror más agudo y desgarrador que lanzara en su vida.
—Tranquila, tranquila.
Las manos se deslizaron por su cuerpo. Eran unas manos suaves, hábiles, sabían dónde presionar ligeramente para calmar.
Vivie no se movió, dejó hacer a aquellas manos que buscaban tranquilizarla.

—Madame Artemise —dijo al abrir los ojos.
—Tenías una pesadilla. Estás sudando, muy pálida, pero todo acabará pronto. Y tendré más fuerza que Chamevillard, porque era él quien te atacaba en la pesadilla, ¿verdad?
—Sí, sí, era él y otros, otros.
—Esa clase de brujos siempre tienen prosélitos.
— ¿Brujo?
—Sí, un brujo que dicen fue ahorcado y quemado hace cuatro siglos por orden del parlamento de Oaris, pero eso es lo que queda para la historia. Esa clase de gente poseía fuerza, poder, dinero, y no siempre se ahorcaba y llevaba a la hoguera al encausado.
— ¿Cuándo me librará de él? Le he dado el dinero, le he dado lo que usted me pedía.
—Sí, y he estado todo el día buscando cuanto me hacía falta. Había que hacer algunos preparativos, pedir algunas informaciones.
— ¿Todo el día?
—Sí, tú has estado durmiendo, era lo mejor que podías hacer. Ahora nos vamos.
— ¿Adonde?
—Adonde mejor podemos conjurar el poder de Charnevillard.
Vivie subió al coche de madame Artemise que se dispuso a conducir la propia Artemise y se alejaron de la gran metrópoli.
Vivie no quiso preguntar adonde iban. El miedo se había enquistado en cada una de sus células. No pensaba en su tío Michel, muerto con el cráneo partido; sólo pensaba en liberarse de aquel monstruoso espectro que la violaba y la consideraba poco menos que su esclava.
Los faros taladraban la noche de la carretera. Madame Artemise comentó:
—Es una noche maravillosa, una noche de plenilunio. Si hay lobos, aullarán.
— ¿Lobos?
—Bah, no tengas miedo.
Pasaron de una carretera a otra y al fin llegaron a una población oscura. Como tratando de no hacer ruido, corcel mínimo de luces encendidas, salieron de la aldea por un mal camino, siempre seguidas por la redonda luna que semejaba no querer perderlas de vista.
Las ruedas saltaron las hierbas altas hasta que, a lo lejos, divisaron una barrera arbórea.
—Con esta luna, ni linternas hacen falta —opinó madame Artemise.
— ¿Adónde vamos? —inquirió Vivie, inquieta.
—A conjurar al espectro asesino.
Vivie siguió a madame Artemise por aquel suelo fangoso hasta cruzar la barrera de árboles. Llegaron al pequeño cementerio de las ruinas de lo que otrora fuera la mansión de los Chamevillard.
—Son tumbas... —musitó, notando que sus piernas temblaban.
—Ven, sé dónde podemos encontrarlo.

Señaló la tumba de la pesadísima losa de granito. Aún se notaba la silueta en sangre, la silueta de un cuerpo de mujer.
Madame Artemise miró el cielo nítido de estrellas, un cielo oscuro de terciopelo, presidido por la gran luna que hacía innecesarias otras luces.
—Desnúdate y tiéndete sobre la losa.
-—Hace frío.
—Obedéceme si quieres que conjuremos a Chamevillard. De lo contrario, serás su esclava para toda la eternidad.
—Es que si me tiendo sobre la losa, desnuda, me, me...
—Lo que hará es acudir y entonces, le venceremos, lo hundiremos en las tinieblas para siempre.
Vivie se desnudó como hiciera la desgraciada Marguerite. Madame Artemise no se daba por vencida y Vivie ignoraba la suerte corrida por la joven rubia, pero aquella noche no había nubes que amenazaran tormenta. Se estiró sobre la losa, temblando de frío.
—Yo te haré pasar el frío, Vivie confía en mí. Ahora, repite las palabras que yo vaya diciendo.
—Sí, sí —asintió, tiritando, helándose.
—Chamevillard, protegido de las fuerzas infernales, yo, Vivie, te llamo.
—Chamevillard, protegido de las fuerzas infernales, yo, Vivie, te llamo —repitió temblando.
—Este es .ni cuerpo.
—Este es mi cuerpo...
—Que ya no volverás a tomar jamás.
—Que ya no volverás a tomar jamás —repetía Vivie, sin la profundidad de la voz de madame Artemise.
—Yo te conjuro para que te hundas en las tinieblas para siempre.
—Yo te conjuro para que te hundas en las tinieblas para siempre.
— ¡Ya está bien, madame Artemise!
La vieja se revolvió con brusquedad. En la entrada del pequeño cementerio descubrió dos figuras humanas, un hombre y una mujer.
— ¿Quiénes son, qué hacen aquí?
—Soy el inspector Argent de la policía judicial y me acompaña la doctora Doré.
— ¡Fuera, fuera, o el poder del conjuro se perderá! —bramó.
—Lo siento, pero Vivie Formel está arrestada y usted también tendrá que dar cuenta de muchas cosas.
En aquel instante empezó un microtemblor de tierra; las piedras del cementerio comenzaron a crujir.
— ¡Madame Artemise, no me deje, no me deje! —chilló Vivie, aterrorizada, cuando la pesadísima losa se partía bajo su cuerpo, por la mitad y a lo largo.
Madame Artemise vio subir unas manos huesudas que atenazaron el cuerpo de Vivie, la cual se convulsionaba entre gritos de pánico.
— ¡No, nooo! —chilló cuando la piedra partida se la tragaba.

Marcel saltó hacia la tumba, pero el cuerpo femenino desapareció hacia el interior.
— ¡Chamevillard, yo te conjuro a que te hundas en los infiernos para toda la eternidad! —Chilló madame Artemise—. ¡Suplico a las fuerzas del Bien, a los arcángeles, a los ángeles, a todos los espíritus puros para que te hundan!
Antes de que la losa volviera a cerrarse como parecía que iba a ocurrir, después de tragarse a Vivie y mientras Mareel trataba en vano de impedir que la losa recobrara, su aspecto original', madame Artemise hundió por la grieta una larga cruz de plata que cayó al fondo.
El ruido que brotó entonces de la sepultura heló la sangre de Corinne y Marcel que soltó las piedras que ya aprisionaba sus dedos a punto de triturarlos.
Toda la tumba se convulsionó y madame Artemise echó a correr como presa de un súbito ataque de locura.
Todo el suelo temblaba, las lápidas bailaban como si fueran finas láminas de madera y no pesadísimas losas de piedra.
Corinne no sabía adonde agarrarse y Marcel saltó hacia atrás cuando toda la tumba se hundió; como tragada por un fallo telúrico.
Surgió el cieno por los bordes de la fosa que se fue cubriendo hasta desaparecer, un cieno que gorgoteaba repugnantemente. El temblor de tierra cesó, todo había quedado más ruinoso aún.
— ¡Marcel, vámonos, vámonos de aquí! ---suplicó Corinne.
— ¡Vamos, será la ciénaga! —exclamó el hombre.
Ambos corrieron, mas sólo tuvieron tiempo de ver las manos de la mujer apareciendo por encima del pantano. La cabeza se había hundido ya en el barrio pútrido y traidor.
— ¿Qué hacemos? —preguntó Corinne, aturdida.
Marcel buscó una rama que trató de acercar a las manos de Artemise, pero como si a ésta le tiraran de los pies, desapareció rápidamente en la ciénaga.
— ¡Dios mío, qué horrible!
—Ahora habrá que esperar tres días a que la ciénaga escupa el cadáver. La hemos estado siguiendo durante todo un día a ver lo que hacía para que nos condujera a la verdad sobre el amante de Vivie, y al final lo hemos encontrado.
—No es posible que todo esto sea una realidad.
—Sí lo explico tal como ha ocurrido, seguro que no tengo porvenir en la policía. Habrá que buscar una explicación lógica a todo esto o, por lo menos, que parezca lógica.
—No la hay, Marcel. Es espectro asesino existía, tú has visto sus manos llevándose a la infeliz Vivie.
—Es preferible olvidar lo que hemos visto. Esto quedará como un ritual para satánicos chiflados, nada más. Vámonos de aquí, hay que avisar a la superioridad y a la prefectura para que se encarguen de recuperar los cadáveres, si es que el de Vivie puede ser rescatado, que lo dude.
Pasó su brazo por los hombros de Corinne y la hizo volverse de retorno a los

coches que aguardaban. La persecución había terminado.

**F I N**